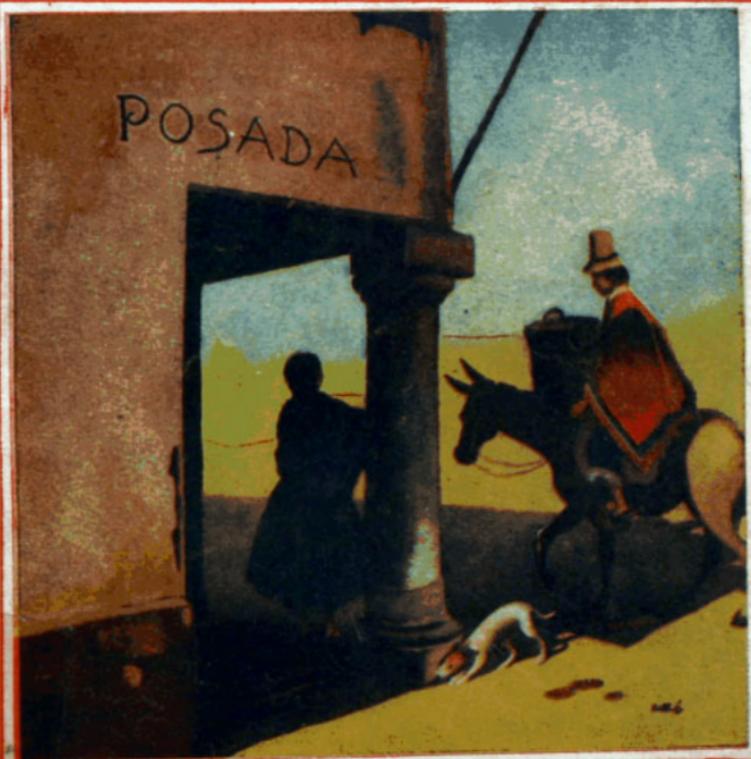


C A R L O S   L A V I N

L A  
C H I M B A



Z I G — Z A G

# L A C H I M B A

*por Carlos Lavín*

El examen, a través del estudio integral, de los antecedentes que conforman la vida de un pueblo enfocando un barrio ciudadano que ha sido como la síntesis y la expresión misma de ese pueblo, no es tarea fácil. La Chimba del antiguo Santiago, obra de que es autor el distinguido folklorista, escritor y compositor, Carlos Lavín, tiene el raro mérito de introducir entre nosotros un género de literatura escasamente conocido en nuestro país: la monografía enciclopédica. Al traer desde el pasado la imagen de aquel famoso sector que encerró un pedazo vigoroso de nuestra historia, Lavín le da realidad permanente: lo muestra en sus calles y sus casonas, en sus tertulias políticas y literarias, en su arquitectura y en sus antañones jardines. Más que eso, promueve, con extraordinaria precisión de estilo y evocadora sugerencia, una realidad que se percibe actual y viva, haciendo moverse en su auténtico ambiente a los seres que, en aquellos años, participaron de las inquietudes que son afines a los espíritus de todas las épocas.

En esta obra de Carlos Lavín hay una verdadera revelación de los aspectos históricos y geográficos del barrio santiaguino más vital de toda la historia de esta centenaria ciudad: con acucioso acopio de datos hace vivir una época, la acerca a la nuestra, la entrelaza con ella y le da un carácter —el que tuvo— y una proyección: la de borrar vacíos entre los diversos períodos de la historia de Santiago. Y todo ello, con un sereno estilo de escritor formado en las más severas disciplinas castizas. Carlos Lavín, viajero de todos los continentes, atraído durante lustros por la actividad de París, a su regreso a Chile reencuentra a la patria y la muestra con la belleza, con la verdad, la vital fuerza de su destino que, desde el pasado, va hacia el futuro en busca de realización.

Empresa Editora Zig-Zag

LA CHIMBA

4. 420 -  
Hugo Reyes &  
Ocasional  
O/c. 63.

Es propiedad. Derechos  
exclusivos. Inscripción N<sup>o</sup>  
11'668 Copyrigh by Empre-  
sa Editora Zig-Zag S. A.  
Santiago de Chile, 1946.

o/c. 63

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.

SANTIAGO DE CHILE, 1947

CARLOS LAVIN

# LA CHIMBA

*(Del viejo Santiago)*

O/C. 63  
Garland  
Hugo Reyes Co.



---

Z I G — Z A G

AL HACER HONROSA REFERENCIA A LA ESTRE-  
CHA COLABORACION DEL EXPERTO FOTÓGRA-  
FO, SR. ROBERTO ASPÉE, NOS ES GRATO ES-  
TAMPAR AQUÍ UN TESTIMONIO DE RECONOCI-  
MIENTO PARA LAS DIFERENTES PERSONAS QUE  
PRESTARON SU CONCURSO EN NUESTROS TRA-  
BAJOS. DILECTA Y GRATA ES PARA NOSOTROS  
LA CITACIÓN DE LOS NOMBRES DE LOS SE-  
ÑORES: ERNESTO GALLIANO, R. P. JORDAN  
JIMENEZ, PEDRO LUNA, RAUL SILVA CASTRO,  
JUANA DÁVILA DE V., JULIA BRICEÑO, REINAL-  
DO LOMBOY Y UN SIMNUMERO DE IN-  
FORMADORES ANÓNIMOS QUE EN EL TERRE-  
NO MISMO, Y A VECES CON UNA PALABRA IN-  
DISCRETA, NOS SEÑALARON UN RASTRO O  
NOS MARCARON UNA RUTA.

---

## ADVERTENCIA

Cuando el Capitán Extremeño, una vez escogido el sitio para fundar la Ciudad del Apóstol, confió a sus alarifes el trazado en forma de parrilla, que ordenaban las Leyes de Indias, no hizo más que acatar celosamente las disposiciones de Carlos V, tan mediocre urbanista como buen emperador. Era la población rectora de una de las factorías hispánicas allá en el más remoto confín del Nuevo Mundo y jamás se sospechó, ni aún cuando se dictó posteriormente la Ordenanza de Poblaciones, en el incremento que habría de cobrar en el curso de los siglos.

La fundación de Santiago (1541) como capital de Chile, por el Conquistador don Pedro de Valdivia, no fué jamás reconsiderada con miras a su estabilidad, en razón de los ataques de los promaucaes, las prolongadas campañas contra los araucanos; y, principalmente las riadas del Mapocho y los fenómenos sísmicos que asolaron y arruinaron la población. El esparcimiento de ese núcleo fué, así, completamente descuidado, y al correr de los años se enfrentaron realidades que ya no era posible corregir o morigerar. Una negligencia mantenida celosamente hizo el resto, modelando características absolutamente típicas en la aglomeración secular que ha venido a resultar, en nuestros días, una ciudad millonaria con todas las prerrogativas y rumbos de la gran urbe andina del continente americano.

La zona de influencia de la Plaza de Armas, en la cual imperaba la hispánica autoridad, no hubo de congeñarse del todo con las imposiciones latentes del dominio incaico en que esos reales se sentaban; y, a poco de transcurrir las etapas de formación urbana hicieron irrupción las directivas indígenas con la formación de ciertas agrupaciones en el caserío que no concordaban con las reglas ordenadas. La principal de esas imposiciones locales, logró perdurar en el ritmo de renovación que iban dictando las nuevas formas de vida y las diferentes normas culturales y de ella queremos ocuparnos con predilección en el trabajo que iniciamos.

Siguiendo el curso de las publicaciones chilenas destinadas a revivir y evocar los ambientes pretéritos de la capital de Chile, se ha hecho notar siempre una cierta consideración despectiva para un área determinada de los agrupados recintos comunales que integran la metrópoli. Es la tradicional barriada de La Chimba aquella porción uniformemente desechada de varias monografías e historias; y, si ella, en parte, tuvo algunos cronistas, no alcanzaron éstos a estructurar sus investigaciones con los aldeanos y hurtaron el cuerpo al punto geográfico que debería haber constituido el foco de sus observaciones tanto históricas como sociales.

Esta sistemática desatención de los santiaguinos podría atribuirse a un cierto arribismo o más bien al "extranjerismo" desatentado que amenazó la ciudad en el primer cuarto de nuestro siglo, sin el menor sentido de la valorización de los sitios y construcciones que formaban el patrimonio nacional. El ejemplo parisino, tan bien plan-

teado como una dualidad de criterios edilicios en que todo se renueva pero todo se conserva, no cuajó jamás en la mente de los moradores de la urbe andina y un invariable desdén por los métodos urbanistas no permitió encauzar jamás la generación espontánea de la Villa. Las casonas tantas veces desfiguradas del casco de la ciudad fueron respetadas como monumentos históricos y las moradas verdaderamente arcaicas —celosamente preservadas— que lucían toda la acción del tiempo se menospreciaron hasta negar su existencia. No era rara esta incongruencia en épocas en que aún se suprimía el alumbrado público en las noches de luna y anualmente se pintaba de verde la superficie metálica de las estatuas; y, de ahí a acatar el revoque sistemático, por los días septembrinos, de todas las fachadas y frontispicios, no había más que un matiz de comodidad dentro de un perfecto sentido del mal gusto.

En el cuarto jalón secular de la vida santiaguina y con conceptos más modernos nos vinimos a encontrar con un "bric a brac" de cosmopolitismo arquitectónico que allegaba más ridículo al consuetudinario maquillaje de los edificios históricos y anulaba como piezas de arte, y en todos sus méritos, las escasas construcciones de estilo que se nos habían testamentado. Sin embargo, allende el Mapocho, han permanecido "insepultas" hermosas y valiosas obras de la mano del hombre, ostentando por doquier superficies patinadas de un tono apacible y seductor que solo se puede encontrar en los más ocultos y aislados parajes provinciales.

Como en muy escasos sitios de nuestro suelo se re-

servan al curioso, en Recoleta y en Cañadilla, todas las sorpresas que amontona el tiempo, puestas a cubierto con el favor de la indiferencia y ahí están protegidas del urbanismo vandálico esperando obtener alguna vez atención para los méritos adquiridos. Los patrones immaculados de ornato y edificación chilenísimos y las rotundas antigüedades esparcidas reclaman cotejos y catalogaciones enfocados hacia todas las artes y ciencias.

En la reseña en que nos empeñamos, jamás bien realizada, pero en trance de encauzar nuevos estudios, hemos intentado oponer los más diversos puntos de vista y conceptos estéticos con el fin de implorar la protección para los legados de tres siglos que ahí se amontonan. En el silencio y la luz velada de esos rincones primorosos las evocaciones dieciochescas se equiparan con los recuerdos más exquisitos del Décimonono, solicitando una mayor atención de los intelectuales y una máxima consideración de los amantes del terruño.

---

## JARDINES DEL SIGLO PASADO

Es bien probable que en los paseos públicos de Santiago persistan algunos rincones verdes tan bien conservados que puedan recordar épocas de la vida chilena. De esos sitios entregados al público, y entre los más auténticos, pueden citarse —aunque algo alterados— los campos santos, los alrededores del Congreso y algunas áreas privilegiadas que han podido escapar a la sistemática transformación en el ornato de la capital. Manteniéndose siempre en el área urbana habría que recordar con nostalgia varias plazoletas y parcelas arboladas que han sido arrasadas o abandonadas y entre las cuales la Plazuela de Santa Ana es la única que mantiene su rango arcaico por no decir colonial.

Hay entonces que referirse al dominio privado, entrando inmediatamente a lamentar la destrucción de los jardines que exornaban los palacios Concha y Toro, Díaz Gana, Urmeneta, etc; y, concretarse a los vergeles que sobreviven en los conventos, monasterios, asilos, prisiones, casas de alienados y hospitales, donde seguramente consérvase la parte congruente de la antigua jardinería floral que aún se admiraba en 1900.

Advirtiéndolo que muchos de esos sitios de elección pueden permanecer intactos a lo largo de todo el país, debemos descartar tan vastísima consideración, concretándonos solamente a la Metrópoli; y, exaltando sus progre-

esos materiales en vías, transportes, alumbrado y edificación, descubrir por contraste, esos misteriosos rincones ignorados. Tanto los establecimientos precitados como los recintos de las órdenes religiosas no son visibles para todos y no se les podría examinar en libertad. Sería un caso de excepción disfrutar de la vista de algunos sectores jardinerados en el interior de los conventos de la Merced, Recoleta Dominicana, San Francisco, monjas de los Sagrados Corazones, etc. y algunos parques privados de Ñuñoa y Providencia; donde, seguramente, se recluyen los perfumes típicos de las áreas verdes de Santiago antiguo, provocando la añoranza de esa calma provinciana que dispó nuestro siglo.

Sin embargo, por la iniciativa privada se guardan aún, y bien visibles, rincones floridos, y, para considerarlos, aún tomando en cuenta su gran exigüedad, hay que concebirlos en estrecha alianza con la arquitectura que los rodea. Continúan todavía en exhibición en Santiago, dos docenas de casas de una planta, del modelo típico de la artesanía del siglo XIX, con techo de tejas y alero sin cornisa, muros desprovistos de decoración y ventanales de férreo enrejado con puntas de lanza. Anchas puertas permiten sorprender la verdura y las macetas del interior del primer patio al través de sencillas y características cancelas. Tortuosas enredaderas de ochenta y más años casi ocultan el ventanaje, las vetustas pilastras, los pilares y las columnas, integrando arrobadores cuadros de la antigüedad chilena.

El habitante de la capital no repara en estas estampas sino cuando sale al extranjero por un tiempo largo

y, al volver, examina la ciudad "con otros ojos". Desconoce el viajero sus lares al-través de las innovaciones; y es por ello que el hallazgo feliz de estas rancias apariencias llena de asombro y sirve de consuelo ante la precipitada y atrabiliaria transformación urbana.

En los patios de esas viejas casas existe una compenetración absoluta entre el suelo plantado y las partes exteriores de la vivienda. Los materiales de construcción y los adornos vegetales han coexistido tomando un carácter arcaico bien guardado hasta hoy. Datan del tiempo de la improvisación neorepublicana, cuando se desechaban los materiales nobles de construcción que se habían usado en la Colonia y se recurría a un artesano para delinear la casa y la construía el propietario mismo con aire de capataz. Adobes, tejas, palos y cañas tejidas (quinchas) servían para improvisar habitaciones contando con la firmeza de los cimientos elaborados por un albañil. La apariencia arquitectónica no preocupaba a los vecinos de Santiago en la parte estable; pero esta desatención estaba equilibrada con los adornos inestables, entre los cuales el revestimiento floral suplía las mencionadas faltas de gusto. Aspectos bien retenidos en este orden sobran y dominan en las ciudades tributarias del país, pero allá no hacen contraste y desaparecen en la uniformidad del medio. En cambio en la Capital han logrado perpetuar un estilo —si puede llamarse así— de poca alcurnia artística pero de la más alta fidelidad santiaguina de 1850 a 1900.

Estas reviviscencias no pueden ser adulteradas y su duración ha tomado carácter documentario en los segundos patios, algunos de los cuales han pasado a primeros a

causa de diversos ensanches y aperturas de nuevas vías. Esta es la situación de la casa número 137 de la calle Bellavista y otras más desfiguradas.

Como el ejemplo máximo, en materia de parques y pensiles, está el Cementerio General que data de 1821. Son muchas las tumbas antiquísimas, revestidas de mármoles artísticos, que han logrado conservarse en todo el encanto de su patina secular, pero aún más valiosa es la flora y las atinadas obras de planta ahí realizadas. Bastaría recordar las centenarias palmas chilenas de la entrada, decorando en primer término el telón de fondo que presentan la capilla, los prados de exóticos arbustos y las filas de añosos y adustos cipreses. De muy distinto aspecto es el Cementerio Católico, mucho más moderno y trazado con el criterio genovés de las galerías comunicadas.

Más reducidos, pero posiblemente más estrictamente conservados, pueden recordarse algunos vergeles de ensueño en los primeros patios de las casas ubicadas en Santos Dumont 1760, Carrión 1368, 1507, 1587, 1237, 1585, Domínica 557, Escanilla 515 y como un ejemplo de seductora gracia y vetustez el segundo patio ya mencionado. Aparecen como pensiles invisibles, ya sea por coloniales ferreterías o muros de reforma; pero, tanto a los conservadores de éstos, como a los celosos guardianes de aquellos, debemos agradecerles su desdén por la moda, deparándonos tan valiosos cuadros evocadores del antaño de la Urbe.

---

---

## LOS MONASTERIOS DE LA CHIMBA

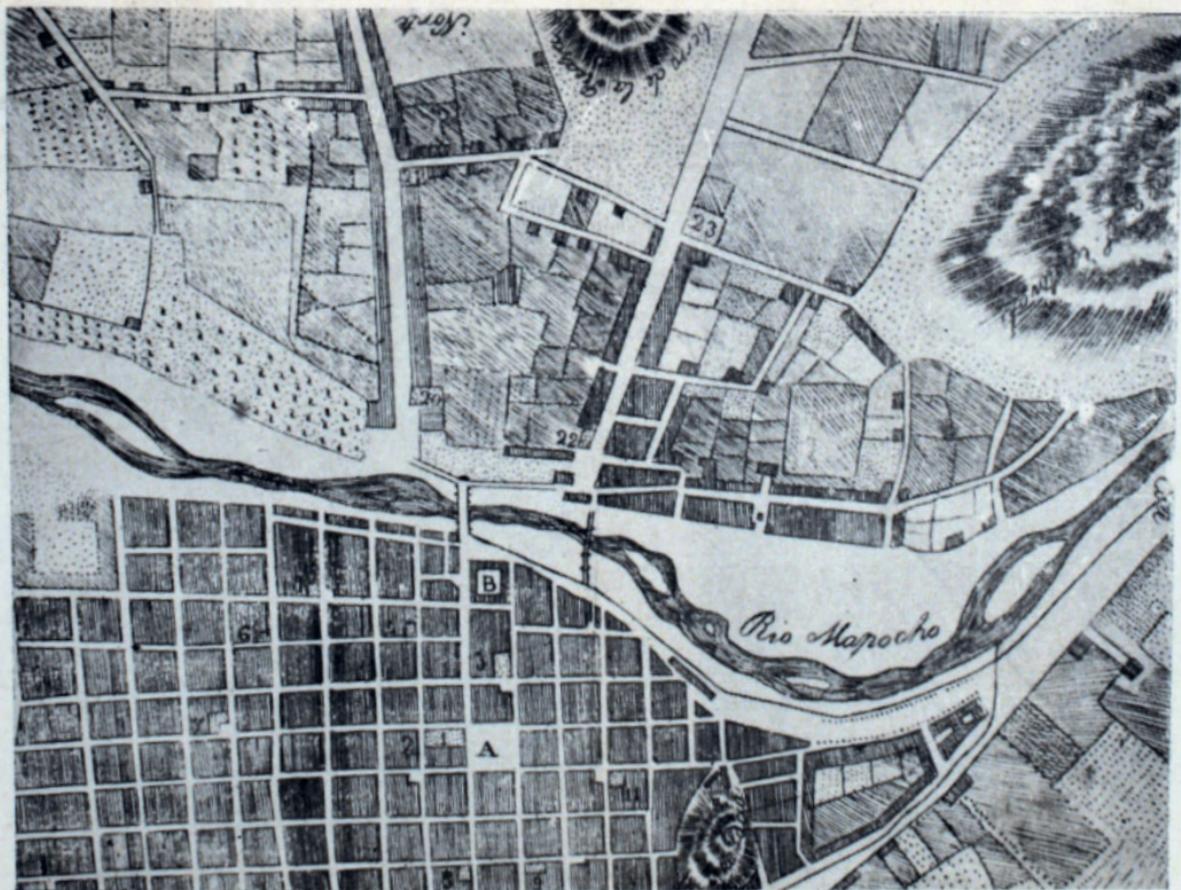
No existe aún en Chile la verdadera estimación por las antigüedades, excepto para los muebles, libros y "bibelots" y de ello es prueba la demolición reciente del oratorio y claustro del Hospital San Juan de Dios, tesoros coloniales que debían haber quedado incrustadas en las edificaciones modernas tal como la Santa Capilla se conserva dentro del Palacio de Justicia de París. Es algo perdonable esta desestimación tomando en cuenta la ausencia en nuestro suelo de una tradición arquitectónica comparable a aquellas de Lima, México, Cartagena, Guatemala, Quito, etc. Nuestra penuria en este sentido no ha establecido precedentes de conservación y se confía únicamente en lo que nos depara el porvenir, siguiendo la línea del progreso emprendido.

Son contadísimas entre nosotros las construcciones de más de cuatro siglos, ya que los grandes terremotos no dejaron nada en pie; pero, en cambio, algo podemos exhibir de la pasada centuria con una vetustez de calidad. Bien entendido que no se trata de edificaciones, puentes, fortificaciones y acueductos derruídos, sino de construcciones en funciones. Es fácil comprender esta preferencia recordando que en Europa y Asia mucho más sorprenden e interesan los monumentos antiguos (conventos medioevales de ocho siglos) que las obras muertas de la arqueología (pirámides, etc.)

En Chile no podríamos reclamar iguales riquezas, pero no dejarían de equiparárseles algunas antigüedades más recientes de la época colonial, que han podido escapar a los ultrajes de las refacciones por obreros irresponsables y las sempiternas "manitos de gato" septembrinas. Obras inmaculadas de este orden pueden aún encontrarse en provincias, todas las cuales deben su conservación al olvido y al abandono.

Algo parecido podemos presenciar en Santiago en el año 1946. Se trata de algunos cenobios, dentro del recinto urbano, con exterioridades verdaderamente arcaicas. Son edificaciones escondidas en un barrio absolutamente excéntrico como lo es el de la Cañadilla, estrechado entre las avenidas de la Independencia y Vivaceta. Ahí yacen esos conventos de monjas por verdadero milagro, ya que las exigencias de la renta urbana arrojan sin piedad a las seculares congregaciones del centro, desde los tiempos del Gobernador Ambrosio O'Higgins. Este expulsó a las monjitas de la calle que aún conserva su nombre y a principios de nuestro siglo se consumó el desalojo de las Carmelitas, Agustinas, Rosas, Claras, etc.

La situación estratégica de los monasterios de La Chimba les ha permitido persistir y en especial aquellos de la Cañadilla ubicados en la barriada oculta que bordean las avenidas precitadas. Manifestaciones del tránsito ciudadano llegaban del sur solamente hasta calle de Pinto o bien cruzaban por el norte en la calle de Carrión. Es en este cuadrilátero recóndito donde están colocados los conventos viejos del Buen Pastor (calle Rivera N.º 2001), de La Verónica (calle López N.º 456) y de San Juan Bau-



*La Chimba, en 1831, según una reproducción del plano de Gay*



*La vetusta iglesia del Monasterio de La Verónica (calle López)*



*Un secular jardín de la calle Carrión*



*Estampa chimbera reconstituida en una antiquisima  
casa de la calle Dominica*



*La Casa de Ejercicios de San Juan Bautista  
(calle Cruz)*

tista (calle Cruz N.º 1681). Los más antiguos y de menores proporciones son los dos primeros. En la Casa Provincial de las Monjas del Buen Pastor se efectúa, desde 1861, la corrección de la juventud femenina o descarriada o abandonada, según la regla del Convento de Angers (Francia). Los claustros de la Congregación de Santa Verónica Juliani y la vetusta iglesia adjunta datan de 1867. Tales como las primeras estas religiosas tienen otros locales destinados a la enseñanza. Aún posterior es la Casa de Ejercicios de San Juan Bautista, a cargo de las Monjas de la Providencia, pero no por ello deja de presentar menos rancia apariencia, ocultando arboledas y pensiles misteriosos.

Estos tres establecimientos, ya casi seculares fueron instituidos por el arzobispo Rafael Valentín Valdivieso y su estado de conservación puede figurar en el rango de las más genuinas antigüedades de la Metrópoli. Los muros de circunvalación, en muchas partes sostenidos por estribos, los portones, ventanales y los techos yacen incólumes pero revestidos de ese tono especial, sentado y apacible, que se llama pátina. El sistema de construcción es absolutamente típico de los mediados del siglo XIX y puede ser considerado como un modelo vivo. Apenas si en el Buen Pastor y en San Juan Bautista se hacen chocantes algunas refacciones de pésimo gusto o viles aditamentos para clausurar las ventanas. El conjunto es adorable de arcanidad santiaguina del período neorepublicano, en el cual las edificaciones quedaban confiadas a la artesanía. De aquella época de la adolescencia chilena datan también los espléndidos y extensos parques y plantaciones interio-

res que invitan a un examen en avión. Esos tejados obstruídos por el polvo y esos muros derruídos o reforzados, que la apertura de la vía al hipódromo ha dejado en descubierto, se pueden clasificar entre las piezas más escasas y valiosas de nuestro patrimonio nacional. Es de esperar, entonces, que el avance del urbanismo mantenga hasta la centuria, e inadvertidos, esos escasos milagros de nuestra tradición.

---

## LA CALLE CARRION

Una de las sendas metropolitanas más desconocidas y abandonadas yace en el extremo norte del histórico barrio de La Chimba, conservando como ninguna otra una verdadera exposición de construcciones de los siglos XVIII y XIX. Su abolengo en esta especialidad histórica es indiscutible, y apenas si las calles Olivos, Gálvez y Tocornal podrían asimilarse a este alto rango de la tradición. Desgraciadamente la ola de extranjerismo exagerado y el ímpetu de los progresos improvisados han menoscabado últimamente ese muestrario de antigüedades con demoliciones y refacciones lamentables. Antes de revisar estos atentados se necesitaría conocer las credenciales de este minúsculo sector urbano, hasta ahora inédito para los turistas.

Ante todo se impone considerar la razón de ser y el origen de esta vía que por una centuria orilló los extramuros. Desde el siglo XVIII existía ahí un callejón que comunicaba el extremo norte de la amplia barriada de la Cañadilla con el caserío de Renca; así como el callejón de Las Hornillas daba acceso a este pueblo desde el Puente de Cal y Canto, es decir desde Santiago mismo. En los tiempos de Portales los jardines de La Chimba atraían los paseantes domingueros, tal como hoy lo hacen los de Nuñoa y San Miguel; el propio Ministro daba el ejemplo buscando esparcimiento en casa de unos amigos del barrio

y esta afluencia era independiente del tránsito de circunvalación de vehículos que, en son de excursión, rodeaba La Chimba en coche, siguiendo el recorrido de la Avenida Independencia, la calle Olivos y la Avenida Recoleta.

Es fácil comprender la importancia extratéctica, por aquella época, del callejón de Carrión. No era una vía apropiada para las fondas y quintas de recreo, sino más bien como residencia habitual de los comerciantes y abastecedores de la Capital que extraían sus productos de las chácaras de Colina, Quilicura y Renca. En este angosto camino que sacaba su nombre del propietario de un predio vecino no se edificaron granjas rústicas sino moradas urbanas en pleno estilo arquitectónico de los albores del siglo XIX; y, de ellas se mantiene una media docena prodigiosamente conservadas, en especial aquella con mojinetes, donde se cree que vivió Manuel Rodríguez. Justamente ha sido —su pareja por contraste— la hermosísima casa de corredores exteriores que quedaba al frente de la actual calle Leonor Zepeda, la que acaba de desaparecer hace un año reservándose solamente los patios interiores para albergar una fábrica de mote. Ambas construcciones dominaban el conjunto de esa exposición histórico-arqueológica, hasta 1943, y a los costados de ellas dos se sitúan otros edificios antiquísimos, a medio destruir o afrentosamente refaccionados. En la serie de la acera norte se destaca una hilera de casonas bien características con misteriosos jardines visibles al través de la reja del breve zaguán. Son construcciones que acusan una consoladora unidad de estilo que contrasta con la abigarrada fila de antiguas moradas que ocupan la acera sur. Se presen-

ta ésta deformada por el abandono en que cayeron los jardines exteriores y el derrumbe de las verjas que los protegían. Es por ello que aparecen las casas enfiladas en dos niveles: las que tenían vergel a la calle y las que no lo tenían; y, el efecto es deplorable. Se mantienen algunos árboles sin verdor y lozanía en estas áreas plantadas y como el ejemplo más curioso persiste la gran construcción de dos plantas al frente de la Comisaría. Por su aspecto de abandono y desolación podría considerársele como la "casa de los espectros".

Felizmente aun resisten algunos tramos de esa tradicional vía santiaguina de los tiempos de la Patria Nueva. A lo largo del caserío pueden observarse puertas y ventanas de auténtica elaboración colonial, los consabidos aleros de tejas y hasta mojinetes. Es una senda que solamente usa el vecindario y su tranquilidad provinciana desaparece en los extremos que tocan a las grandes avenidas. Favorecida por el abandono invita a fotógrafos, pintores y cinemistas para perpetuar las líneas de ese remoto ambiente sin tener necesidad de ir a Alhué, a Huerta del Maule y a Putaendo a la zaga de auténticas antigüedades chilenas.

---

## LA CASA DE MANUEL RODRIGUEZ

En vísperas de la demolición de este histórico edificio de la calle Carrión, uno de los pocos que sobreviven de las postrimerías del siglo XVIII, resulta interesante el acopio de algunas informaciones que permitan evocar esos rincones coloniales. Aunque relativa la preservación de esta casona favoreció la estabilidad de un ambiente de otros tiempos en esa excéntrica vía capitalina, celosa conservadora de las tradiciones de la Chimba. Hace tres años empezó la destrucción sistemática del antiquísimo caserío; primeramente se refaccionó, con alardes de modernismo, una casita intermedia de una serie uniforme de construcciones de una planta y con alero, y parece ser que este atentado fué la invitación a la reforma. Muy luego se revocaron algunas fachadas y se derrumbaron los soportales y porches de dos edificios históricos cuyo aspecto no había podido modificar, ni la definitiva e impecable pavimentación de la calzada y las aceras, ni el alumbrado especial y otras innovaciones avasalladoras.

En estos días la histórica calle invita a los estudiosos y a los observadores de nuestro pasado para presenciar su último cambio de decoración antes de ingresar a la serie provinciana de las edificaciones baratas. Ninguna de éstas consultará en su construcción un plan premeditado para obtener en el conjunto una apariencia característica. Con mayor atraso e incuria que hace dos

siglos la edificación del sector no seguirá ningún método o propósito de estética, confiándose los proyectos a contratistas y artesanos. Cuán distintos eran los designios de los propietarios que fundaban sus moradas al borde de esta calleja que conducía de la Chimba a Renca y de ello queda todavía constancia. Aunque disímiles, al parecer, todas las fachadas que han logrado ahí conservarse presentan una unidad de estilo sorprendente que fluctúa entre los aspectos coloniales y los neorepublicanos con el nexo de las peculiaridades santiaguinas. Puertas y ventanas son de serie y todos esos materiales serán destruidos y dispersados con entusiasmo y desaprensión. La fila de verjas de madera, que en la acera sur cerraba los jardines exteriores, no será respetada en su perspectiva y todo ese complejo arquitectónico y urbanista tan bien planeado por nuestros antepasados será citado como una irrisión.

Sin duda que la demolición de la casa donde moró el guerrillero chileno dará la nota alta en esas escenas de vandalismo y abatirá en esa barriada el último baluarte de la Colonia. Es un histórico casal construido en las postrimerías del siglo XVIII por alguno de los alumnos o imitadores de Toesca, ya que el hermoso arco que da término al zaguán así lo comprueba. La decoración interior y exterior del edificio casi no se percibe debajo de los enlucidos y retoques y apenas si el mojinete, las pilastras y las puertas y ventanas han prevalecido con todo su carácter. Las espesas murallas, la reja típica de una ventanilla hacia la calle y los amplios ventanales del fondo del comedor completan la apariencia noble y la prosapia

de un casón de vecindario en trance de figuración. Es innegable el celo y la dedicación para conservarlo que desplegaron las viejas señoritas María y Micaela Briones, quienes fallecieron hace un lustro, legando a la Beneficencia ese inmueble que con los vecinos acaba de ser llevado a la subasta por esta institución. Otro elogio merece el actual alquilador, don Juan Caamaño, propietario del almacén típicamente poblerino del rincón y arrendador del resto de las habitaciones.

Al ser abatida esa vivienda, idealizada por la tradición, cabe también evocar el ambiente de conspiración y revuelta que impregnaría ese rancio vecindario en los días que antecedieron a las dos rebeliones contra la opresión colonial. Muy cerca de la casa en que se ocultó el héroe y mártir estaba la vía internacional por donde tantas veces fueron y vinieron, transmontando los Andes, los patriotas perseguidos, los soldados fugitivos y los guerrilleros que tramaron la Reconquista. Entre esos muros, que luego caerán a golpe de pica, deben haberse dado cita muchas veces los tenebrosos conspiradores para interrogar a los espías o bien forjar y reforjar planes de liberación. La extensa habitación del fondo del primer patio huele todavía a complot e intriga con sus espesos muros delatados en el marco de los amplios ventanales y sus arcaicas rejas.

Hasta ahí deben haber llegado muchas veces los esbirros del Tribunal de Vigilancia y Seguridad Pública en busca del montonero Rodríguez; el mismo que disfrazado se había introducido en sus filas para sorprender los manejos del onnipotente Marcó del Pont y el siniestro San Bru-

no. La pátina de las murallas y puertas ayuda aun a mantener un ambiente novelesco en ese misterioso recinto histórico que, en otro país más celoso de la tradición, sería considerado como monumento nacional y transformado en museo.

---

## LA CASA DE LOS PALTOS

Fué don Juan Bello Dunn, el más destacado de los hijos del célebre humanista y Rector de la Universidad de Chile, quien construyó en los mediados del siglo pasado, y para su morada particular, este ejemplar edificio sito en la calle Dávila número 663. Se trata, posiblemente, de la única construcción de lujo edificada en ese barrio en una época bien ingrata para el progreso arquitectónico de la urbe. Cimientos de tres metros de profundidad, completo maderamen de pino americano, chimenea de mármol esculpido, frisos labrados, pinturas murales, rejas cinceladas, zócalos de mármol y un pabellón asísmico en el fondo del extenso parque califican esta mansión como un modelo de la edificación típica santiaguina de aquella época. Bastante bien conservada y revestida de todo el carácter que le ha conferido casi un siglo de existencia puede pasar desapercibida entre otras viviendas similares de las inmediaciones, todas más modernas pero sin visos de ostentación.

Parece ser que el ilustre vástago de Don Andrés, escritor, periodista, diputado, polemista y diplomático, quiso aprovechar un sitio de 112 metros de fondo que se le ofrecía a bajo precio, despreciando el área más céntrica de la ciudad. En la suntuosidad de los salones con puertas en relieve, policromadas y doradas; en la extensión de un comedor de más de catorce metros de largo, con severos

artesonados y en los mil refinamientos que aun están patentes, se reconoce el sibarita y patricio, nacido en Londres en circunstancias que su progenitor representaba a nuestro país ante la Corte de Saint James. Muerto don Juan en 1860, en Nueva York, su casa permaneció deshabitada hasta que llegó a alquilarla la distinguida educacionista Isabel Lebrun de Pinochet, estableciendo ahí su famoso Liceo para Señoritas, patrón y modelo de todos los establecimientos de este género entre nosotros.

A fines del siglo pasado adquirió ese predio la familia Julliet Ossa, ocupándose de hermosearlo con amplios jardines y bellas estatuas de terracota, encargadas a Francia. El día del nacimiento de uno de los herederos plantóse un palto —uno de los más antiguos de la Capital— y luego otros que forman actualmente con sus gigantes proporciones un parque casi secular digno de conservarse entre los motivos tradicionales del ornato de la urbe.

Posteriormente ocupó la casa el señor Carlos Justiniano y fué adquirida al fin por la familia Ebner Castillo, que ha sabido conservar esas reliquias hasta nuestros días. Dada la fina y cuidada selección de los materiales, los antecedentes históricos y la amplia disposición y propapia que se respira ahí en cada rincón, se le puede señalar como una morada de categoría, por muchos conceptos, y sería un anhelo bien fundado su conservación y destino a alguna repartición fiscal o municipal que permitiera exhibir a los extranjeros ese hermoso espécimen de la típica edificación santiaguina de hace un siglo.

Las partes mejor preservadas de las nefandas refacciones son precisamente el exterior y la entrada. Se trata de una fachada típica en su género, de un zaguán con reja, muros con pinturas decorativas y lámpara en rigurosa propiedad de estilo. Pertenece, entonces, a una serie de edificaciones lujosas y muy nuestras que han desaparecido o han sido atrocemente desfiguradas con aditamentos modernos. La vivienda suntuosa solamente se concebía en esos tiempos con carácter monumental, descuidando muchas veces detalles capitales que integraban un estilo dado y obteniéndose menguadas producciones de serie aun inferiores a los productos de la artesanía. Es por ello que esta vivienda señorial de La Chimba constituye una excepción gloriosa y un ejemplarísimo patrón de un estilo evolucionado que tiene su raigambre en la casa romana, pasando por las imposiciones árabes, hispanas y bizantinas, para implantarse en América con un carácter ciudadano más riente y menos adusto que el estilo colonial. Algunas casas de esa época que aun quedan en Mendoza, en Buenos Aires, en Lima, y en La Paz, en el rango de moradas de lujo pero no monumental, acusan caracteres muy diferentes, acercándose más a las líneas severas de Toesca por el empleo de pilastras, mojinetes y columnas y otros aditamentos que afectan el relieve total. En cambio, la Casa de los Paltos obtiene marcado fausto y ostentación con sobrios contornos y detalles ornamentales de alta selección.

---

## UN REFUGIO PORTALIANO

Entre los veinte y tres hijos que, de su matrimonio, hubieron don José Portales y Larraín (1764-1820) y doña María Encarnación Fernández de Palazuelos y Aldunate (1775-1825), lograron destacarse especialmente don Diego, el Omnipotente Ministro, su hermano don Miguel y su hermana doña Dolores. Alevosamente asesinado en 1837 ese gran estadista de nuestra naciente nacionalidad, a los 44 años de edad, su hermana (dos años menor) sobrevivió hasta los 77, y su hogar de La Chimba fué en todo momento un refugio para el gran político, quien alternaba estas confidencias familiares con sus ratos de esparcimiento en casa de los amigos Fucar avecindados en la Cañadilla.

Los chimberos estaban habituados a ver pasar en su birlocho a Don Diego acompañado del hermano precitado y su sempiterno amigo Manuel Cavada. La excursión dominguera la comenzaba —cuando no estaba dirigida al fundo El Rayado— en el Puente de Palo, entrando por el Camino del Salto (Av. Recoleta) para descansar en casa de su hermana y seguir en seguida por esa vía hasta un callejón transversal (calle Olivos) y pasar a la Cañadilla, deteniéndose más largamente en la finca de los Fucar, hermoso vergel del cual persisten plantaciones en la Avenida de la Independencia frente a la calle del Panteón. Desde 1830, la planta ciudadana no ha variado gran cosa en la

Cañadilla, pero sí, y bastante, en la Recoleta. Atravesando desde la ciudad el río Mapocho existían apenas estas vías capitales para atravesar los plantíos, huertas y granjas de toda esta zona. Un reducido caserío de dos calles se apretujaba en la ribera norte del río, entre la Plazuela de la Recoleta y la calle Pío IX, dominado por la tortuosa calle de la Chimba (Dardignac). Existía un camino (calle Purísima) que iba a empalmar en el Cerro San Cristóbal con otro transversal (calle Dominica) y la calle de Loreto era un callejón, rodeado de tapias que no sobrepasaba la actual calle de Santa Filomena. Se había trazado esa senda para tener acceso a importantes fincas que tenían su límite sur en esta última calle. Una de ellas era de propiedad de doña Dolores Portales (1795-1872), quien contrajo matrimonio en 1821 con don Lorenzo Plaza de los Reyes. Sus hijos, los Reyes Portales, cambiaron no poco la disposición de la heredad, ampliando las construcciones. Lo que no había alcanzado a hacer Misia Dolores lo efectuó mucho más tarde su hija Mercedes Reyes Portales, hacia 1888, agregando nuevas habitaciones rodeadas de amplios corredores para morada habitual de la familia. Pasaron a conservar esos lares su hija, la señora Josefina Pedregal de Cruz que aun vive y sus descendientes los Cruz Pedregal, Cruz de la Cerda, Hoyl Cruz, Figueroa Cruz, etc.

En 1890, don Ismael Pedregal, esposo de doña Mercedes Reyes, distinguido ingeniero agrónomo, aportó al país algunos ejemplares de árboles exóticos que constituyen actualmente la decoración vegetal incomparable del parque de esta propiedad, sita en calle Loreto número

269. Son de esa época los añosos ramajes del dátil, de la araucaria excelsa, del jacarandá y especialmente el hermoso ejemplar, con tronco bifurcado, del caucho tropical que aún en nuestro clima vierte el lechoso líquido.

Fueron bien estudiados por el arquitecto Cruz Pedregal y su hijo Cruz de la Cerda el adorno vegetal y la conservación de los edificios; se varió el aspecto de la entrada con rejas y jarrones que completan en buen estilo la decoración general. A comienzos del siglo los vetustos corredores fueron recubiertos con vidrieras que modificaron levemente la silueta general que acusa un cuadro al óleo de la centuria pasada; y, los actuales moradores han tratado de conservar en lo posible la sencillez y austeridad de líneas de la morada de doña Dolores, tan frecuentada por el Omnipotente Ministro entre 1830 y 1837, especialmente en los días aciagos en que el organizador de nuestra vida republicana perdía a su joven esposa.

Digno de imitarse es este verdadero ejemplo de homenaje a la estirpe, por los herederos de un Grande Hombre, en especial los arquitectos mencionados que sabiamente aplicaron antigüedades santiaguinas al conjunto, como ser viejas tinajas y la tan hermosa como hispánica cruz de fierro que decora un nicho del costado norte de la viejísima mansión. Tan rara pieza fué encontrada por el señor Cruz Pedregal en un pantano de Lo Negrete, una legua más al norte, y revela una ferretería colonial de alto rango, posiblemente de origen jesuíta.

Esta suntuosa "quinta" del área cuadrículada de la vieja Chimba acusa un milagro de conservación que ofrece un sorprendente contraste con los modernos aspectos urbanísticos de la histórica barriada.

---

## EL MIRADOR DE LOS POLITICOS

Reposan en la Catedral de Santiago los restos del héroe de la Batalla de Maipo, el general Santiago Bueras, que decidió la victoria patriota con su famosa carga de caballería. Su esposa, doña Dolores Araya de Bueras, fallecida en 1845, legó una cuantiosa fortuna a su hija Teresa Bueras Araya, que en 1819 se había casado con don Lorenzo de Luna y Ocampo, coronel argentino y mariscal de Campo del General San Martín. Formaron éstos un hogar que tuvo una brillante figuración social en los mediados del siglo pasado y entre sus once hijos se destacaron especialmente el militar Marcial Luna y Bueras y doña Clara Luna y Bueras. Casada ésta, a su vez, con don Matías Patiño Ureta tuvieron numerosa descendencia, lo mismo que su hermano Desiderio Luna y Bueras, padre del conocido pintor Pedro Luna Pérez.

Doña Clara Luna, entre las más hermosas y espirituales damas de su época, supo atraer a su finca de La Chimba la mejor sociedad de Santiago y fijó ahí la habitual residencia de la familia. Tienen ya un siglo, aunque algo modificados los casones coloniales que bordeaban la heredad y el hispánico portón claveteado de su entrada lleva actualmente el número 241 de la calle de Loreto. Hacia la mitad de la pasada centuria un callejón que salía de los arenales del río hacia el norte, la actual calle de ese nombre, conducía, después de atravesar la ondu-

lada calleja de La Chimba a la dilatada y fértil parcela que lindaba en parte por el oriente con la calle de Purísima y la sobrepasaba más al norte hasta el cerro de San Cristóbal.

En la residencia de campo de doña Clara y en sus salones se reunían los prohombres y las linajudas matronas de esa época. Se hospedaron ahí varios presidentes, magistrados y diplomáticos durante los prolongados sa-raos septembrinos y de año nuevo y las recepciones de doña Clara hicieron época. En esas estancias se fraguaron muchos cambios y alteraciones en la política chilena. No podía ser menos, pues, desde el tiempo de los próceres se respiraba ahí una atmósfera marcial, se forjaban planes y se ideaban reformas cívicas al favor del ambiente de libertad que imponían los anfitriones.

Hasta los albores de nuestro siglo acudían desde las haciendas de La Rioja y de La Rinconada, que en la provincia de Aconcagua llegaban del mar a la Cordillera, las recuas de mulas, con la madrina "campanilleando" en la delantera y cargando los productos frescos de las lejanas heredades de la familia. Ese mismo portalón que ahora da acceso a una escuela pública se abría, después de ascender una gradiente hacia el amplio zaguán que conducía a los parques y jardines rodeados de interminables corredores, de los cuales gran parte aún persiste con todo su carácter de vetustez y misterio.

Coronando el macizo de edificios —por cierto con las reducidas proporciones coloniales— y desde antes de los tiempos de doña Clara se había dispuesto una atalaya que permitía vigilar los trabajos de la finca. Con el

tiempo se le dió forma a esa construcción, adornándola con vigas labradas, hasta tomar la forma que aún persiste con todo el anacronismo de su silueta y sus materiales. Llegó a ser el "mirador de los políticos" y de ahí se atisbaban los humos que surgían en el casco de la ciudad. La visual directa hacia el sur estaba interceptada por la granítica mole del Huelén pero las perspectivas del oeste y suroeste eran magníficas. Al través de las torres de Santo Domingo, del Cabildo y de la Real Audiencia se podía avisorar el curso de las asonadas y motines políticos que tanto abundaron en la era preportaliana y que no escasearon hasta el fin del "decenio de Montt". Muchas veces fué la auténtica posición de los políticos y politiqueros el atisbar y otear desde ese alejado reparo el curso de los acontecimientos de carácter propiamente militar y desde ese observatorio se expandían entre los chimberos las últimas noticias.

Contribuyeron, no poco, a fomentar en esa tradicional mansión el clima de misterio, ocultismo y perturbación las consejas que circulaban en la barriada sobre los regimientos que otrora se habían alojado tras esos muros; se murmuraba a hurtadillas de las armas escondidas en los subterráneos, del asilo que se había dado a los perseguidos y aún se susurraba la existencia de tesoros escondidos; conjeturas infundadas algunas pero ciertas las otras. Es el caso que muy luego desaparecerá tan arcaico escenario donde se representaron vívidas escenas de nuestra vida neorepublicana y las moles de cemento borrarán con su geométrica silueta hasta el recuerdo del estratégico refugio de los chimberos.

---

## ULTIMOS VESTIGIOS DE LA CHIMBA

Las enormes barriadas de Independencia y Recoleta han ampliado, en Santiago, y durante la última mitad de la pasada centuria el ínfimo vecindario de La Chimba que tenía su centro en la Plaza de la Recoleta Franciscana y se extendía por las callejas de La Chimba (Dardignac) y Cequion (Andrés Bello), algunas cuerdas al oriente. Estas dos tortuosas calles han corregido su alineación en lo posible y se han prolongado en ambos sentidos incorporándose al gran sector ultramaipocho que sobrepasa al poniente la Avenida Vivaceta, al oriente, en lo que no le obstaculiza el Cerro San Cristóbal, hasta el fundo Lo Contador y al norte se confunde con Renca, Quilicura, Huechuraba y El Salto.

La aludida placeta recoletana, algo disgregada por los jardines de la calle Artesanos, es un verdadero crisol de las tradiciones chimberas y es la sede de la histórica iglesia de los celosos observantes de la orden de San Francisco calificando esa encrucijada como la partícula generadora, desde la época colonial, de esa apartada concentración de vecinos. Ese campanario se alzaba en los tiempos de la emancipación sobre el modestísimo caserío y una gran acequia atravesaba el erial que enfrentaba al templo.

Si hay en la metrópoli un convento con historia es este antiquísimo cenobio que por los años del colonia-

je vió divididas sus celdas por facciones entre los propios hermanos y después de un siglo de sosiego encontróse de nuevo conmovido por el lanzamiento en forma que motivaba la instalación en esos claustros de una congregación de religiosas: las célebres monjitas de la Victoria. Abel Rosales cuenta con lujo de detalles como los franciscanos debieron desalojar sus claustros y esparcir sus bibliotecas y archivos para trasladarse a la Recoleta Domínica, volviendo, después de muchos años a sus celdas. Por los días de la Reconquista se alojaron tropas libertarias en ese sacro recinto; y, ahora una quietud y reposo bien ganados han reconcentrado en esos añosos parques, jardines y arcaicas galerías la más tradicional de todas las comunidades de Santiago.

Hasta 1910 lucían al margen de la plazuela una media docena de casonas coloniales de dos plantas y de balcón corrido; y, ellas daban un estilo peculiarísimo al sector con la coronación de la vetusta iglesia y la emboadura de la calle Andrés Bello, donde, felizmente hasta nuestros días, se conserva casi intacto el caserón con pilar de esquina que fué en su tiempo una suntuosa mansión chimbera. La edificó el año 1806 don Rafael Ciceron y su nombre está esculpido en el capitel del petreo pilar. El rotundo estilo hispánico de la casa ha sido levemente alterado con las sacrílegas "manitos de gato" que han desvirtuado casi todas las antigüedades santiaguinas. Sin embargo, hoy día, el arcaico aspecto parece aún realizarse con los inevitable aditamentos de un siglo de progreso.

Como el detalle más sensacional que pueda presen-

ciarse en Santiago, persiste, en absolutamente toda su integridad, el cuadro colonial de la empanadera —siempre renovado— que por siglos y todas las noches, ha escogido el frente y la acera del típico caserón para instalar su banquillo portátil y el cajón plano en que expende sus “pequenes”, tortillas y empanadas. Teniendo por telón de fondo el pilar de esquina obsérvase ahí, desde la hora del crepúsculo hasta el amanecer, una anciana que luce como tocado un oscuro mantón semejando el histórico manto negro de sus antepasadas. La reconstitución colonial es absoluta y el cuadro realiza una situación de “suspenso” dedicada a los amantes de la tradición. Intermitentemente se renueva el dechado simulando los postreros resplandores de la era oscurantista de los serenos, aguaciles y corregidores.

Esta interesantísima supervivencia, resistiendo el ambiente de demolición y refacción que amaga ese barrio desde la modernísima Avenida Bellavista, figura como un caso único en la vida metropolitana: es un cuadro nocturno en que alienta aún el pasado y que merecería reproducirse o hacerse perdurable en la fotografía, la pintura, el teatro y la cinematografía.

---

## LA CAÑADILLA MÍSTICA

Uno de los sectores más extendidos de La Chimba, y el primero que se modernizó, fué el de La Cañadilla, así denominado por la pequeña cañada o arroyo —desprendido del río Mapocho hacia el norte— que sirvió de cauce para formar la avenida de aquel nombre y que llegó a ser el camino internacional hacia las provincias argentinas y la gran vía que comunicaba con las regiones norteañas.

En esta senda se ventilaron y se exhibieron todas las desdichas y venturas de los chilenos en los días aciagos de la Reconquista y en los felices de la Emancipación. Por ahí desfilaron, al día siguiente del desastre de Rancagua, los fugitivos del ejército patriota en camino hacia Mendoza, seguidos de una interminable fila de refugiados políticos. Deseaban éstos transmontar los Andes antes de la llegada de las huestes hispánicas, acompañados de sus familiares y cargando en carretas y mulares su reducido equipaje. Por ahí mismo entraron, algunos años después, las tropas libertadoras de San Martín después de la victoria de Chacabuco, vitoreadas en triunfo por los campesinos y por los mulatos e indios de servicio que acudían de los alrededores de la capital.

Bastarían esos antecedentes para fundar la primera designación de esta vía como el "camino de Chile", el mismo que por un tiempo se le conocía por la calle de Buenos Aires y que fué exaltado por fin hasta la denomi-

nación de Avenida de la Independencia. Trazada en 1787 por el Intendente de O.O.P.P., don Melchor de Jaraquemada y Cisternas, uniéndolo con el monumental Puente de Cal y Canto, construído entre 1767 y 1779 por el ingeniero Birt, desembocaba esta suspendida vía en brusca rampa hacia el lado norte del río y los tapiales que allí se iniciaban, después de una mísera cuartería, escondían a ambos costados hermosa granjas. Figuraban como las más extensas, y por el lado poniente, la del Corregidor Zañartu, arrendada y comprada después por los hermanos Ovalle y la de Echazarreta colindando al norte con la del Dr. José Teodoro Sánchez, vendido por éste al Ministro Augusto Matte. Aún más hacia el oeste se extendía la Chacra del Pino. Entre otros propietarios de pequeñas granjas hay que citar además a las familias González Ibieta, Cuadra, Castro y el célebre "curandero" Morales; y, más al norte los González Alamos, los Ríos Egaña, los Ballesteros, los Fabres, los Fucar y los descendientes del Conquistador Vicente Carrión y Montesinos.

A la acera oriente de la Avenida se asomaban fincas menores que fueron alternando con algunas fábricas y dos hermosas iglesias: la del Convento del Carmen de San Rafael y la de la Parroquia de La Estampa. Poseían por ahí algunas quintas el Obispo Aldunate, los Valdivieso, los Márquez de la Plata, los Muñoz Contreras, los Díaz y los Villalón. Propiamente pegada al río se extendía, hacia el Oriente y desde la Cañadilla, el más conocido de esos predios: la famosa quinta de Díaz que ostentaba regulares construcciones con portales, derriba-

das hacia 1875 para erigir los galpones donde llegaron a guardarse los primeros tranvías. La edificación de todo el sector fué siempre precaria, logrando distinguirse solamente la casa de dos pisos del Corregidor y la del Obispo Aldunate, todas perdidas entre las frondas.

Con este aspecto romántico y campestre persistió la gran barriada hasta 1874, año en que se efectuó el empedrado de la vía internacional y se tendió la línea de tranvías que debía servir a una población de quince mil habitantes. Poco después se parcelaban las viñas y plantíos, y se perforaban las nuevas calles, bautizadas primeramente con las letras del alfabeto pero denominadas después, por el Intendente Vicuña Mackenna, con apellidos de próceres y héroes de la Patria.

Ya en 1787 conocíase la Cañadilla como el "barrio de los Obispos", tal como la calle de Las Monjitas era señalada como el "barrio de los presidentes". Adquirieron propiedades al norte del Mapocho los obispos: Manuel de Alday (1712-1788), Francisco de Borja José de Morán (1746-1807), Juan Antonio Martínez de Aldunate (1752-1811) y posteriormente se instalaron en las inmediaciones los mitrados Orrego, Etura, Oro y Blaitt.

La vida monástica de estos contornos contribuyó poderosamente a anexar la nueva población al rango capitalino y especialmente desde la instalación en 1770 del cenobio de las Carmelitas y de la parroquia de La Estampa en 1805. Aquel convento fué fundado por el Corregidor Zañartu, recluyendo ahí a sus hijas mayores. Durante la impetuosa crecida del Mapocho en 1783 casi

todas las religiosas fueron salvadas a lazo del embate de las olas embravecidas y fueron puestas a reparo en brazos de expertos jinetes: sabrosos episodios que han sido inmortalizados por Sor Tadea de San Joaquin, de esa comunidad, en un pulido romance por desgracia poco conocido. Esta sorpresiva riada causó innumerables perjuicios y precipitó la construcción de los tajamares. El templo de más al norte anotó también picantes incidentes en sus anales. Era la parroquia donde se veneraba a N. S. del Carmen y llegó a ser conocida con el nombre de La Estampa a causa de la imagen de papel que voló desde la Catedral en los remolinos de un ventarrón y cayó en el preciso sitio parroquial. El misérrimo barrio del Arenal tuvo también, por medio siglo, una guía de los espíritus en la Capilla de San Pedro Alcántara (1856), y persisten más al norte, y admirablemente conservados, los recintos sagrados de El Buen Pastor (1861), la Verónica (1865) y la Casa de Ejercicios de San Juan Bautista (1861).

Refiriéndose a los rituales católicos, con algo de profanos y tan propios de los tiempos coloniales, cabe recordar su difusión en estos dominios. Durante las festividades religiosas se congregaban en La Cañadilla "cucuruchos", "catimbaos" y "penitentes" que organizaban cortejos alocados y atravesaban el puente para participar en las procesiones. José Zapiola recuerda un penitente que exhortaba a los fieles durante la solemnidad de las Tres Horas, y dice al respecto:

"La única vez que vimos uno fué en 1830 durante las horas tristes del Viernes Santo. Fueron actos muy

solemnes que se verificaron en la parroquia de La Estampa y en los cuales predicaba el arzobispo Manuel Vicuña, a la sazón un admirado presbítero orador. El penitente, como todos, llevaba calzoncillos blancos, muy anchos y hasta los talones, camisa muy larga, y una corona de espinas pero solo puesta en la cabeza sin causarle herida alguna. Cargaba también una cruz de madera, y portaba una disciplina de cordeles, pero no lo vimos mortificarse con este instrumento de suplicio”.

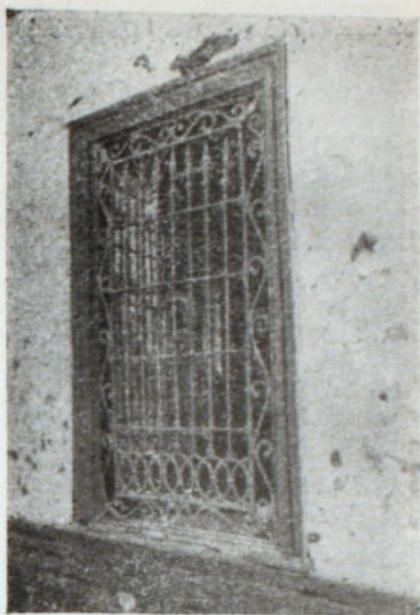
Revisando las memorias municipales de Santiago se advierte que esos resabios coloniales persistieron en La Chimba hasta mucho después de su abolición por las autoridades eclesiásticas de El Sagrario.



*Ventanal hispánico de la Casa del Guerrillero  
(calle Carrión)*



*Puerta colonial de la calle  
Carrión*



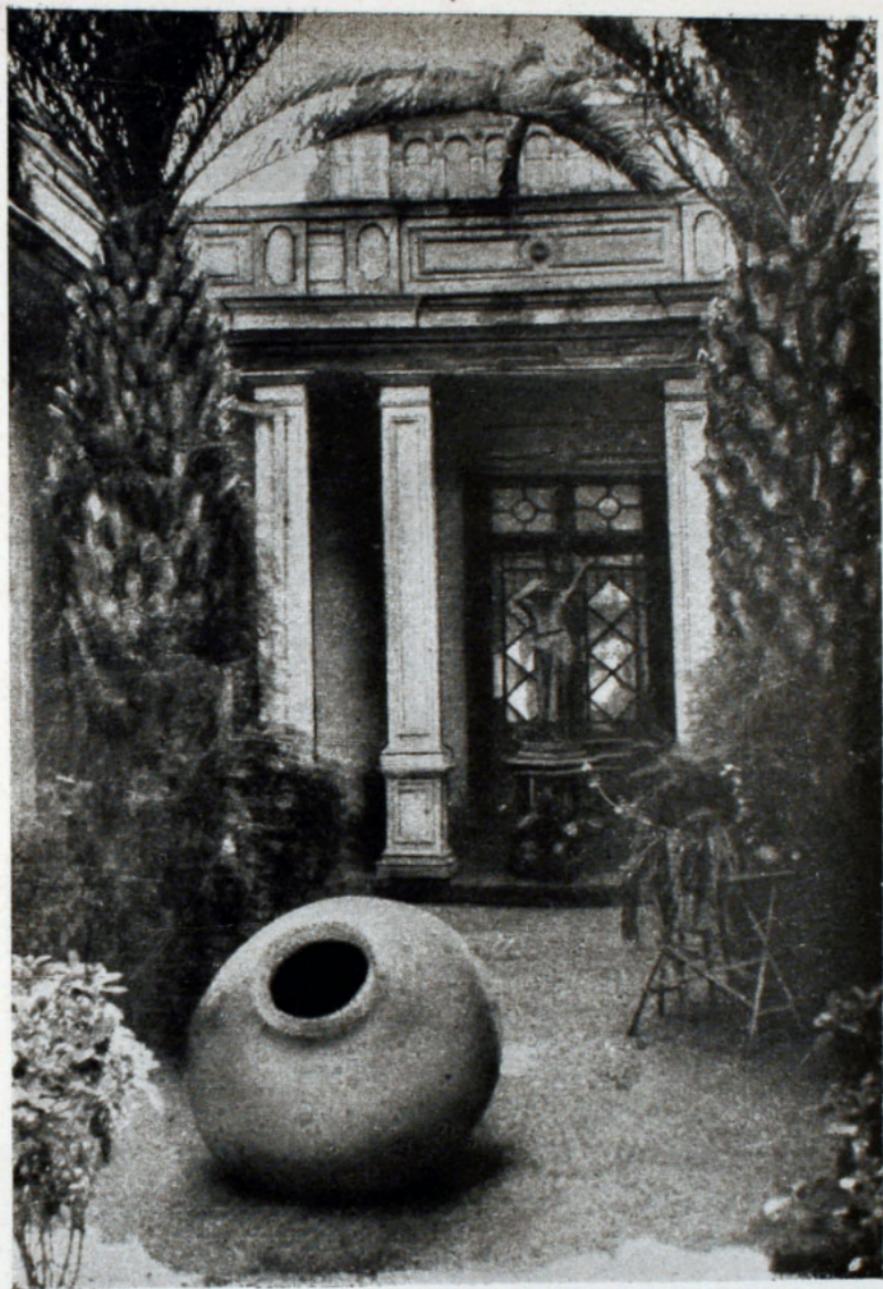
*Ventana colonial de la calle  
Carrión*



*La Casa de Manuel Rodriguez (calle Carrión)*



*Zaguán y reja de la Casa de los Paltos (calle Dávila)*



*Typico peristilo del siglo pasado (calle Dávila)*

---

## LA CAÑADILLA GALANTE

No alcanzó propiamente a la actual Avenida de la Independencia la barriada colonial de La Chimba, pero generó en el costado poniente de ésta una inmensa huerta que fué subdividida bruscamente desde 1787. Este costado era más bien campestre, al contrario del de La Recoleta, que era arrabalesco; lo cual no quería decir que aquél no degenerara, por media centuria, en una concentración de tugurios y chiribitiles de afrentosa reputación. Se llamaba Campamento el pantano que quedaba al oriente de la rampa norte del Puente de Cal y Canto y Arenal la sección poniente. Una disgregación rápida de las tierras del Corregidor generó esos hórridos suburbios donde se guarecían el hampa y la hez santiaguinas. Hacia 1872 y por gestiones del Alcalde Vicuña Mackenna, se sanearon muchos "conventillos" del barrio y se quemaron y destruyeron las rancherías de la ribera. Desde el Callejón de Las Hornillas, abierto en 1779, hacia el oriente se extendía un poblacho que adquirió en cierta época renombre de inaccesible. Desde 1780 a 1796 fueron esas las lides del famoso bandido Pascual Liberona que hizo honor al apodo de "El Brujo" con sus innumerables evasiones y apariciones. Sin embargo los otros sectores oponían vecindarios de envidiable retiro y descanso para los santiaguinos y fué esta pacífica tendencia la que dominó al fin.

Las grandes inundaciones del río, en 1783 y 1850,

produjeron quiebras y barrancos en los escasos caminos pero los propietarios no omitieron esfuerzos para dignificar La Cañadilla. A buena fe que lo consiguieron, pues durante los grandes sismos, especialmente en el "temblor grande" de 1822 y antes en el eclipse total de sol de 1804, muchas familias que habitaban en el casco de la ciudad se alojaron en las quintas de allende el Mapocho. Estas correrías aumentaron considerablemente desde la inauguración del Hipódromo, edificado por el arquitecto y prestigeador francés F. Peires de Lajourade el 15 de Septiembre de 1873 a la entrada de La Cañadilla. En ese lujoso coliseo se hospedaron grandes compañías de variedades y los primeros circos que exhibían fieras amaestradas y cabalgatas. Por un lustro estos espectáculos dieron gran prestigio a la nueva población, pero desgraciadamente el fugaz movimiento fué malogrado con la instalación, en las vecindades, de usinas y talleres.

Las atracciones para las multitudes se trasladaron al corazón del Arenal que recobraba cierta fama de barrio galante. Estaba allí, en la esquina de las calles Marín y Lastra la famosa Fonda del Arenal, donde campeaba una de las más celebradas cultoras del arte popular chileno. Era la Peta Basaure, además de una belleza, una hembra brava y garrida, invencible en la resbaloza y en la zamacueca y que hizo escuela en los tablados santiaguinos. Actriz, regente y propietaria de esta chingana asoció a sus espectáculos ingenios de otro orden. Los "puetas" Manuel Clavero, atildado cantor de las glorias militares de 1879 y Nicasio García rey del "contra-

punte" y la improvisación convocaban en el corral de Maruri la flor y nata de la "afición". Las décimas glosadas de García, especialmente aquella que comienza: "De la cordillera vengo", las estrofas dedicadas a los mineros, a las riñas de gallos y la extraña composición "El rodante" han sido la substancia y parte congruente de un centenar de versainas chilenas. El excéntrico "Pecho de Palo" de apellido Robles y José Hernández competían con aquellos; mientras la "dueña", la célebre "cantora" La Trinidad, la mentada Gregoria de los Cachirulos y la tímida Mica sostenían la trilogía de "niña, galán y ponche", los tres "simples" que formaban en esa época el "saturnal compuesto".

En tiempos de la Guerra del Pacífico este distrito galante adquirió todo su esplendor. Como si se dijera — respetando la época y las proporciones— un Broadway, un Montmartre, un St Pauli, tal circuito pasó a ser el Tivoli del Nuevo Estreno y era "Maruri" la palabra mágica que sugería todas las satisfacciones del humano regalo. Hasta los tinglados y tablados de esas encrucijadas y rinconadas llegaron Manuel Antonio Orrego, el inspirado músico, y otros políticos improvisados, a incitar a las muchedumbres y sus arengas patrióticas contaron por mucho en el éxito del reclutamiento.

Al propio tiempo la farándula dominaba ahí el ambiente: malsines y malandrines concitados con follones y pichiruches y asesorados por alcahuetas, celestinas y madgalenas encontraron un cómodo y despejado burladero en esos figones, cubiles y madrigueras, para ejercer sus tráficos destinados a embaucar a los distraídos y

atolondrados o timar los curiosos y forasteros. Incitando al pasatiempo y al buen pasar se concertaban —bien prevenidos de antemano por valentones y guapetones— en las mesas de timbas y garitos, en los mesones de las freidurías y vinerías, alrededor de las “canchas” de rayuela, de palitroque, de bolas o bien aproximándose a los “jugadores de tres cartas” y otros vagantes de feria para atraer a los timoratos y despojar a los incautos.

Poco a poco esos bajos fondos torcieron rumbos a destinos muy diferentes para llegar, a la postre, a recobrar fama en el público santiaguino; pero, esta vez como emporio de confecciones de segunda mano.

---

---

## EL BARRIO DE LAS QUINTAS

Las antiguas dehesas de las laderas occidentales del Cerro San Cristóbal destinadas, durante el siglo XVIII, a la crianza de vacunos, fueron parceladas poco antes de la Emancipación por los propietarios de los molinos de las inmediaciones. Quedaron así transformados esos terrenos de pastoreo en pequeñas granjas, muchas de las cuales lograron subsistir hasta la vigésima centuria.

Por los años del Centenario la calle de Lillo daba aún acceso desde la Avenida de la Recoleta, a tan pintoresco sector, cada vez más amenazado por la urbanización de las cercanías. Es bien ínfima la parcialidad que resta aún intacta de la ciudad-jardín del ochocientos, y lo más sensible no es precisamente la demolición de los edificios sino la tala de las espléndidas arboledas. La más pequeña de esas quintas tenía sesenta metros de ancho y ciento treinta de fondo y todas rivalizaban por el cuidado de los jardines y la selección de las plantaciones. Si no sobrepasaban las construcciones una rústica apariencia, muy en carácter con el paisaje, los adornos vegetales que bordaban las rejas y ocultaban los muros atraían toda la atención y sirvieron de modelo a los granjeros de los alrededores de la capital.

Sobresalía entre las moradas de la calle de Lillo aquella con carácter señorial de don Baldomero Pizarro, conservada intacta en su fachada hacía esta calle, pero

destruída en sus anexos con la apertura de la calle de Patronato. Es un buen ejemplar de la arquitectura santiaguina y en ella moraron hasta hace poco los descendientes. Doña Dolores Bulgada, la esposa de don Baldomero, fué la principal animadora de la vida social de la barriada. Eran famosas sus tertulias y ella estimulaba en los días navideños las celebraciones religiosas en los hogares vecinos. Compitieron sus atrayentes "nacimientos" con los de doña Dolores Cerón que tenía su quinta cerca de la calle de Río de Janeiro, dando frente a Lillo y clausurando ésta. Reanudaron ellas la tradición de las piadosas y humildes vecinas de Manzano y Andrés Bello y establecieron una prolongada competencia con sus místicas reuniones.

Entre todas esas huertas era la más destacada aquella de don Germán Briceño, transformada luego en Quinta de Recreo con baños de natación y umbrosos cenadores. Una muestra ejemplar fué este establecimiento para los adjuntos propietarios: F. R. Cruz, Pedro Gutiérrez y Eduvijis Gutiérrez y las familias Cifuentes y Martínez que se sucedían hasta la Avenida, dando frente a la quinta de don Victoriano Gutiérrez. Cerca de la obstruída calle de Aguadores estaban situadas las del doctor Rodolfo Marín y de don Pedro Humeres y entre ambas la parcela de los Urmeneta que éstos obsequiaron al Padre Pacheco de la Recoleta Franciscana. Muchas fueron las obras caritativas emprendidas por este piadoso sacerdote y éstas asentaron en esos lares el olor de santidad. Un beaterio, una hermandad del Corazón de Jesús, el grupo de la Pía Educación y después de la Pía

Unión fueron ascendientes religiosos del convento moderno de las Monjas Clarisas, al costado de la enigmática calle del Milagro —actual calle de Manzano entre Lillo y Santa Filomena— cuya apertura fué conseguida por azarosas y fortuitas diligencias del filántropo franciscano.

En el carácter de modelo se impone en Santiago la calle de Lillo por ser la más tortuosa y la más desquiciada. Exhibe tramos coloniales, sectores republicanos y abigarradas construcciones, al frente de las edificaciones más modernistas mezcladas con otras de dudoso gusto; y, su actual aspecto no puede reflejar su glorioso pasado, ni aún menos sugerir la hegemonía de que gozaba en esos contornos. Han bastado treinta años para desbaratar las fincas y dispersar hasta el último representante de las familias residentes. Marcando el asiento de la precitada quinta de Briceño que deslindaba al norte con los talleres del pirotécnico Morales (calle de Buenos Aires) se ostentan dos importantes establecimientos educacionales: la Escuela Rafael Sanhueza Lizardi y la Escuela República del Paraguay, las cuales junto con el monasterio clariso han fijado ahí apariencias que contradicen el pasado de esa travesía. El selecto vecindario se prolongaba por la calle de Manzano, donde aún resisten en pie antiquísimas moradas de corredores interiores y labradas columnas. Son más antiguas que las de Lillo y fueron edificadas por las familias Sánchez de Morón, Erazo, León y Cereceda en los tiempos en que los Urmeneta, los Lillo, los Alvarez, los Santander, los Ugalde y los Vivero eran los propietarios de la travesía contigua.

La rivalidad de estos terratenientes con los vecinos de la Recoleta pasó a ser legendaria, se hospedaban estos últimos en arcaicas casonas de dos pisos y balcón corrido y lucieron escudos en sus portones. Cerca del convento franciscano y en la misma acera estaban las viejas casas de don Miguel Dávila, de los Julliet, del abogado Pedro Javier Fernández, de los González Comas y del renombrado doctor Charlin, confinando con los vastos predios de los Fariña. Moraban en el Jardín de la Recoleta los Costa y los Santander y en el lado oriente de la Avenida se iban sucediendo, hasta el convento dominicano, don Narciso Valdivieso, don Domingo Tagle y don Ricardo Ovalle. A ambos lados de los renombrados colegios de Antonia Tarragó y de Rojas Carreño, vivían los Martínez, los Arquiza y los Wanker y más al norte se enfilaban las extensas fincas de Doña Dolores Portales y de los Lezaeta Arriarán, Lezaeta Rivas y los Góngora. Después de la iglesia sobresalían las moradas de los Luna, de los Fuentes y la representativa mansión del Ochocientos sita en la esquina de Camino del Salto y edificada por los Correa Bravo.

Ubicada ésta en el arranque de aquella vecinal carretera ha podido guardar, pese a la urbanización de las cercanías, el agreste carácter que campeaba en esos parajes por los tiempos en que el Cerro Blanco estaba arbolado y conservaba toda la apariencia de un lugar de recogimiento. Al ser derribada la histórica Ermita de Monserrat y reedificada en los alrededores se transfirió a otros sitios ese ambiente de misticismo y paz; cesó la

---

peregrinación y las plantaciones fueron abandonadas, transformándose esas alturas en un erial que clama por una rehabilitación digna del voto y de la donación de Inés de Suárez.

---

## HUELLAS DEL SIGLO XIX

La serie de edificaciones realizadas en La Chimba antes de 1900 fué de mucho mayor alcurnia arquitectónica que aquella empeñada en años más recientes. Antes de esa fecha se respetaban los tradicionales estilos ya hispánicos del todo o bien auténticamente santiaguinos y no se perpetraban atentados de falso exotismo como los que ha habido que lamentar después. Son los dos cementerios, el Manicomio, la Escuela de Medicina, los Policlínicos, los Hospitales, los Cuarteles, el Club de Tiro y demás edificios públicos los que reflejan el gusto del Décimonono, conjuntamente con los monasterios del Buen Pastor, la Verónica y Purísima y representando todos una época y un estilo que es muy nuestro, en oposición a las tributarias y rastreras imitaciones del arte cosmopolita que allí mismo brotaron en nuestro siglo.

Ninguna de las construcciones precitadas ostenta recias fábricas de piedra labrada pero no desdican y chocan con una innoble silueta. Tampoco hubo por ahí surtidores, cascadas y otros lujosos atributos del ornato de los jardines del casco de la ciudad, ni aún menos se divisaron las torrecillas, cúpulas, minaretes y columnatas y otros arbitrios de la elegancia ornamental. En la gradación de moradas ciudadanas que va de la choza al palacio lucían variadas realizaciones que si alternaban con lo plebeyo o comulgaban con cierto espíritu poble-

rino o lugareño rehuían las ínfulas de lo advenedizo y las estulteces del esnobismo, imponiendo al conjunto un tono muy afortunado de "circuito no oficial", pero bien a sus anchas dentro del mas genuino sentimiento de la propia tradición. Beneficencia, recogimiento, solaz y resguardo conjugaban admirablemente en sus respectivos hospedajes, no solamente entre ellos sino también con las viviendas privadas que han integrado siempre un patrón particularísimo. La chilenidad de la arquitectura está bien patentizada en las moradas de los Matte (Los Nidos), los Bello (Los Paltos), los Urmeneta (calle Dominicana), los Cruz (calle Lillo), los Portales (calle Loreto), los Lezaeta (Recoleta), etc.; son ellas de edificación pesada con una o dos plantas y cargadas sobre el muro de la fachada, o bien de corredores cerrados hacia el frente y aún con patio exterior jardinado, tal como las casas recién derribadas de la calle Carrión, de Echeverría y el cautivador modelo del inmueble que ocupa la escuela pública en la esquina de Recoleta con El Salto.

Integran y modulan todas ellas el grado exacto de la alta burguesía codeándose con la aristocracia, el cual persistió por esos contornos en un índice característico de agrupación y sociabilidad urbanas. Ese mismo criterio alineaba también, en los tiempos portalianos, las quintas abiertas con emparrados, higueras, eucaliptus y minúsculos pensiles, con guardas de boj y calarias, para solaz de las familias Ríos, Fabres, Egaña, Fucar, Sánchez, Valdivieso, Aldunate, Echeverría, etc., en La Cañadilla; o dispersaba en Recoleta predios invisibles detrás de casonas coloniales de dos pisos con balcón corrido, portones y mojinetes de piedra labrada.

Entre todas han modelado un ciclo de construcciones de uso privado que, en los edificios públicos, está concordando maravillosamente con los portales y peristilos de los Campos Santos, los corredores superpuestos de los patios exteriores del Manicomio, de los Hospitales, del Convento Nuevo de Recoleta Domínica y de la Casa de Ejercicios de San Juan Bautista.

Las escasas áreas verdes de uso público de esta amplia porción suburbana están contrarrestadas con la extensión desmedida de los recintos jardinados de propiedad particular. Los verjeles del Cementerio General forman un rosario de verdor con los del Católico, el Club de Tiro, los parques interiores de la Recoleta Domínica, los aledaños del San Cristóbal y el angosto parque longitudinal que empieza en Bellavista y termina por el poniente en las calles de Artesanos y Borgoño. Aquí y allá en las callejas subalternas y en la Cañadilla lucen manchas verdosas y exhuberancias vegetales. Se abre la fila con los añosos pinos y palmeras de las Monjas Carmelitas para ir a rematar hacia el norte en los restos de los bosques de los Fucar, las frondosas matas y arbustos de las clínicas y casas de salud y especialmente el imponente bosque, ya secular, de Los Nidos a la vista de la Plaza Chacabuco. Bien en carácter ésta con la barriada no adoptó la forma cuadrangular, como tampoco son regulares las plantas de las otras placetas y originales plazuelas como las de Bilbao, Matías Ovalle (de los Moteros) y la muy dilatada de la Recoleta Franciscana.

Sin ser muy numerosos, los monumentos concuerdan admirablemente con el espíritu de esa centuria y el

tono especial de La Chimba. Como una auténtica obra de arte luce en la Plazuela del Cementerio General la simbólica figura virginal del escultor francés Alberto Carrier-Belleuse, solicitada para el sitio del incendio de La Compañía. Tanto esta estatua como la curiosa pirámide-columna de los Cuatro Escritores (con medallones en relieve) que forjó una tradición en la "Alameda" del Décimonono han sido repudiadas y exiladas por los centros oficiales de la ciudad y relegados a retiros más excéntricos. Así pasaron a ser ellas los bienes dotales del circuito y el más discreto complementeo a la importante galería de estatuas que en los campos santos realzan los monumentos funerarios en la sombra de los graves cipreses.

No por ser la más velada es la menos significativa entre las reviviscencias de aquel siglo, la reconstrucción del "distrito de los nacimientos" que abarcaba algunas callejas cercanas a la Recoleta. Era materia de rivalidades en el vecindario, y a fines del otro y comienzos de esta centuria, la representación escultórica del Nacimiento de Jesucristo en el Portal de Belén, por los días navideños. La más completa y valiosa reconstitución la hacían las hermanas Azolas en su vastísima casa de Manzano casi esquina de Lillo, compitiendo con María Muñoz en Andrés Bello y con las Jofré en la calle de los Hermanos (Santa Filomena), las Márques, la señora Bulgada y la señora Cerón, en la calle de Lillo y otras instalaciones de carácter exclusivamente familiar. Debe recalarse esta condición porque la fiesta de las Azolas hizo época atrayendo promeseros de Renca y Quilicura, que

se confundían en cuatro piezas ornadas por hábiles pesebristas. Se cantaban villancicos auténticamente hispanos como "En el portal de Belén" o la "Albada de Navidad" con acompañamiento de piano, arpa y guitarra y se entonaban alabanzas a las santas del barrio: Sor Ventura Fariña Andonaegui y la Beatita Benavides. Venían desde Lampa y Batuco, rosadas, fornidas y orondas aldeanas para aportar sus ofrendas campestres al "niño Dios", prolongándose la ritual celebración los días que durara el abastecimiento de cuatro aposentos atiborrados de viandas, frutas, dulces y bebidas donados por los fieles.

---

---

## CHIMBAS CHILENAS

Este hermoso vocablo quichua, cuya traducción literal es: "de la otra banda", se aplicaba a las ciudades-jardines que los incas ubicaban regularmente en la margen opuesta del río a cuyas orillas planeaban una población. Barriadas de este nombre las hay por doquier en los dominios de aquella dinastía colombina y subsisten más bien en el norte de Chile y la Argentina a causa de la desatención en que se mantuvieron estos territorios por lides guerreras más avanzadas.

La toponimia argentina acusa muchos sitios así llamados y de ellos el principal, denominado Chimbas, está cerca de San Juan. En el lado chileno lo han heredado muchos lugarejos del Norte Grande, además de los barrios correspondientes de Arica y otras ciudades y en el Norte Chico sobresalen los poblachos de Chimberos en la región atacameña y Chimba cerca de Ovalle. Como barrios propiamente dichos ostentan riquísima tradición los de Copiapó y Santiago. Los cronistas copiapinos nos han legado hermosas páginas de la vida de esparcimiento en esos rústicos contornos, especialmente en la gran época del auge minero, con muy diversa mentalidad de los memorialistas santiaguinos que jamás se prodigaron en parajes excéntricos.

Es el caso que tanto en los días indeterminados del Coloniaje, como en las horas fervorosas de revuelta y

emancipación y en los momentos regocijados y ardorosos del "novopatrismo" fueron rutas de desocupados y paseantes las vías que conducían a los parrales y follajes de las granjas chimberas. En Santiago representaban ellas la actual atracción dominguera de las quintas de Ñuñoa (Tobalaba), San Miguel (Gran Avenida), Barrancas (Cerro de Navia), Peñaflore, Resbalón y Carrascal pero con un matiz más hogareño y más propiamente burgués. Era una afluencia de familias en procura de sus parientes o amistades de confianza y se iba allí de temporadita a la busca de tranquilidad y paz o bien a las casas de ejercicios en retiro espiritual, obtención y renunciamiento. Más cerca de nuestros días toda la parcialidad santiaguina de Ultramapocho llegó a tomar carácter residencial, con la protección de algunos vástagos de la aristocracia que fueron a buscar allende el río el reposo de un ambiente semicampestre.

Pero no solamente en estos aspectos podía considerarse La Chimba: la hoya del Mapocho forjaba con su caprichosa topografía una mayor separación entre las travesías de una y otra banda y esta circunstancia facilitó cierta rivalidad social que llegó a traducirse, desde 1813, en periódicas batallas campales. José Zapiola, refiriéndose a lo que él llama "la guerra de piedras" escribía en 1864 las siguientes líneas:

"Allí acudían combatientes de todos los barrios prefiriendo el espacio comprendido entre los dos puentes, dividiéndose entre chimberos y santiaguinos. Los días festivos ésto no podía faltar y gran parte de la población del sur del río, por afición o necesidad, acudía a

esas batallas, estando ahí hasta algo entrado el tercer decenio de este siglo el único paseo público de Santiago, el Tajamar. A esta circunstancia se agregaba la comodidad que proporcionaba el malecón, desde cuya altura se veía la batalla sin el menor peligro, mientras los chimberos no vencían a los santiaguinos; cosa rara, porque las fuerzas de estos últimos eran siempre superiores como lo era su población. La línea divisoria de ambos ejércitos era el río, del cual se prefería la parte más angosta, tanto para alcanzar a herir al enemigo con menos esfuerzo, como para pasarlo en caso necesario, en su persecución. Esta circunstancia era solo favorable a los santiaguinos que llegando casi siempre hasta los ranchos ribereños, y encontrándolos abandonados los saqueaban. Estos saqueos no eran precisamente por robar sino para imitar la guerra en todos sus pormenores”.

En épocas posteriores se presenciaron en las inmediaciones escenas similares pero con diversos actores. El mismo Zapiola las describe así:

“Hubo en La Chimba, a inmediaciones del Cerro San Cristóbal, una especie de chingana: la de Ño Plaza, de gran capacidad, adonde los días de fiesta acudía el pueblo, atraído por las buenas aceitunas y su indispensable compañera la chicha. Allí se encontraban en estos días los soldados de diferentes batallones, que, al retirarse, armaban la refriega. El pueblo se unía a uno de ellos y el éxito no era dudoso: la piedra triunfaba de la bayoneta”.

Cabe recordar que antes de 1830 la policía de seguridad de Santiago estaba reducida a un escaso número

ro de serenos, que, como su nombre lo indica, solo prestaban sus servicios desde que anohecía hasta las primeras luces de la mañana. Por esa fecha el Ministro Portales estableció un servicio de vigilantes que puso término a esos desórdenes callejeros. Sin embargo la chingana de Ño Plaza prosiguió en su desfile de atracciones durante todo el segundo cuarto del siglo pasado. Eran sus parroquianos de más modesta disponibilidad que los que acudían a El Parral y El Nogal situadas en la ribera opuesta, pero fueron aquellos y sus descendientes fieles a una tradición local que hubo de extinguirse más tarde ante el auge del barrio de Marul. Con esta designación distinguía el pueblo el distrito galante de la calle Maruri—nombre que recuerda al coronel y héroe de Rancagua— y en cuyos límites funcionaban las fondas que al fin reemplazaron a las chinganas.

De este modo la promiscuidad de que han hecho gala los chimberos en sus reuniones y aficiones han enfocado un fenómeno social peculiarísimo, basado y confirmado en las etapas sucesivas del desarrollo de un área complementaria y suburbana hasta su incorporación ulterior y formal en la Urbe. Si hasta un tiempo muy avanzado del régimen republicano se estampaba en los documentos bautismales de Santiago la aclaración: "natural de La Chimba", se abandonó al fin ese ostracismo y pasaron a ser santiaguinos los habitantes de ambas orillas del río.

---

## LA CELDA EN QUE HABITO PIO IX

La primitiva hacienda de la comunidad de recoletos de la orden de Santo Domingo abarcaba un predio —hoy urbano— que casi tocaba a la Cañadilla: y, comprendiendo el Cementerio General y el Cerro Blanco bordeaba con el Cerro San Cristóbal. Su límite sur estaba en la calle Domínica y por el lado norte sobrepasaba en muchas cuadras la Avenida del Rosario (Santos Dumont). Mucho antes de que el Padre Manuel Acuña erigiese en la esquina de Domínica y Recoleta el Convento Viejo, en 1753, eran ya cultivados aquellos fértiles terrenos por estos religiosos aprovechando las canalizaciones que los gobernadores incaicos habían logrado derivar del río Mapocho.

Hasta nuestros días está firme la arcaica construcción del fraile arquitecto y yace escondida por edificios modernos que le amputaron el área de su iglesia hacia la Avenida. Si hubo propósitos estéticos en los religiosos para superar las construcciones de Apoquindo y de Peldehue esta preocupación fué llevada a la máxima suntuosidad con el templo del arquitecto italiano Eusebio Chelli, pacientemente edificado en 1854 y 1883 haciendo un acopio de materiales nobles que ha quedado sin rival en el Continente. Bastaría recordar los basamentos, pilastras y columnas de auténtico Carrara, cuyo valor efectivo puede calcularse a razón de cuatro bloques por

unidad con cinco toneladas de peso por cada bloque; y derivar de este boato el monto y mérito artístico del resto.

En oposición a tales inversiones dedicadas al culto se edificó en 1895 una serie de aposentos alineado con toda la apariencia de las más burguesas construcciones, agrupadas por patios contiguos. Estos pabellones de dos plantas nunca podrían delatar una distribución de celdas conventuales, pero, en cambio, el ornato vegetal cuenta con un conjunto de centenarias palmas chilenas, palmeras, magnolias, camelias y paltos que nunca se llegarían a concebir fuera de un monasterio.

Contorneando galerías y pabellones que se suceden en varios patios y huertos jardinados se avizoran al fin los claustros, con auténticas arquerías coloniales, del Convento Viejo, semiocultos por murallones, macizos de plantas y las heterógenas construcciones de las vecindades. En el interior y en el exterior estas celdas y portales se conservan con la totalidad de su pátina. Si no se puede hablar del barniz del tiempo puede aludirse al tono sentado, manso, dulce y agradable que han adquirido los materiales a la vista y por consiguiente al albur de las intemperies. Allá disimulado en un rincón de difícil acceso yace un real apartadero que se vislumbra a la sombra de colosales paltos: es el final de uno de los gráciles claustros de fina y esbelta columnata y que oculta en el piso bajo una celda abandonada. Ese fué el aposento que ocupó hace más de un siglo el piadoso sacerdote que más tarde debía dar gloria y esplendor a la Iglesia en la silla pontificia. En el personal de la Misión

Apostólica, regida por Monseñor Juan Muzi que nos visitó en 1824, durante la presidencia del General Ramón Freire, figuraba como Consejero de la Nunciatura el canónigo Juan María de los Condes de Mastai Ferretti, el mismo que en 1846 fué elegido papa con el nombre de Pío IX.

Observado verticalmente desde el barandal del segundo piso este sitio histórico no revela todo su enigma, pero considerado en el marco que lo rodea sugiere a maravilla una época tan chilena como característica del Decimooctavo, impresión que se acrecienta al observar los raquíticos helechos generados espontáneamente en las aglomeraciones de tierra depositadas alrededor de los deshechos capiteles, el lustre de las piedras que forman gradas de acceso a ocultos desvanes y graneros de los patios de servicio y la pulpa glutinosa en que se han transformado ciertos fragmentos de puertas, soleras y enviados por el ataque de goteras y salpicaduras y ese imperceptible revestimiento que ostentan las superficies visibles y donde parecen retoñar excrescencias y hongos microscópicos. Comunicando con la calle Domínica se abre un gran portón que era la entrada de servicio del Convento Viejo y comunica con los corrales, caballerizas, establos y otras dependencias; todos desamparados y completando una exposición de auténticos lares del siglo XVIII.

Tal prodigio de conservación en el abandono lo patentiza y disfruta el visitante en una gradación postrera de emociones que ha sido desarrollada previamente con la visión de los descascarados cuadros y frescos quiteños

colgados en las desmanteladas galerías contiguas al templo, con el perfume que exhalan los húmedos suelos cuajados de diminutos líquenes en los espacios abiertos y con la sensación de olvido y de quietud que ofrece cada sala, cada pasadizo, cada patio y cada dependencia del histórico monasterio.

---

---

## CURIOSIDADES CHIMBERAS

Como en ningún otro sitio de Santiago han logrado perseverar en muchos ángulos y escondrijos de La Chimba los residuos materiales y el aliento espiritual de épocas pretéritas, recalcando las estratas que han ido estructurando en cuatro siglos la urbe chilena. Reconponiendo mentalmente esos parajes privilegiados se logran articular segmentos y eslabones de la geografía urbana en los siglos XVII y XIX; no así de las dos centurias anteriores cruzadas de fatídicas efemérides que marcan los sismos que azolaron la región, especialmente los terremotos de 1575, 1647, 1657, 1724, 1730 y 1751.

Los sectores de El Arenal y El Campamento contiguos al Puente de Cal y Canto y al Puente de Palo no consiguieron atesorar ruinas nobles porque nunca cobraron abolengo; al contrario de lo que pasó con otras sendas transversales de comunicación, en todas las cuales se sorprenden vestigios de rancia apariencia. La afrentosa apariencia de esos terrenos ribereños está aún patente en la actual descomposición y promiscuidad de las aglomeraciones de La Vega, mercados ambulantes, "cachureos" y lides y acopios de escenas de feria que exhibe el Jardín de Artesanos.

Hacia la propia Chimba se respetan más las tradiciones y en Andrés Bello y Dardignac resisten viejísimo caseríos de los siglos XVII y XVIII, más añejos que los de Carrión, Olivos y Juárez. Acercándose al San

Cristóbal se descubre una huella de la extinta calle de Borráz en plena calle de Purísima: es la actual usina con edificio de torreón, construída a comienzos del siglo por el industrial David Rovegno en los cimientos del famoso Molino de las Mercedes. Marcaba éste la planta de esa vía desaparecida hacia 1850 y señala las huellas del Canal de Las Mercedes que accionaba trapiches y molinos del faldeo. Regaba también la hermosa Quinta de la Merced, propiedad de estos religiosos y parcelada a fines del siglo pasado para completar los barrios residenciales de Purísima y de Bellavista. Apenas si logra sobreponerse el Beaterío de la Purísima, con el templo y claustros de 1856, pero no se columbran las huellas de los grandes obrajes de ladrillos que proporcionaron el material para los tajamares.

Hay que trasladarse a las inmediaciones del convento de recolección franciscana para seguir el rastro de los escombros y restos del pasado. Desde 1663 era éste un noviciado de aquellos monjes y vigilaba la entrada del Camino del Salto, senda polvorienta y guarnecida de álamos que atravesaba pintorescas estanzuelas. Mucho antes de llegarse a distinguir con el nombre de Avenida de la Recoleta había generado un caserío donde comenzaron a esbozarse algunas callejuelas cuya modesta condición salta a la vista en las viviendas desperdigadas en las calles de Manzano, Vásquez y Lillo y como una específica curiosidad de esta aglomeración hay que sorprender la vetusta casuca de la calle Vásquez 343, exhibiendo una cancela de madera, de modelo andaluz, para velar y tamizar el verdor del patio.

Las reformas edilicias de Vicuña Mackenna facilitaron, desde 1872, las comunicaciones con La Cañadilla y ventilaron el sector recoletano, en el cual habían desaparecido las calles del Milagro, el Sauce y Borraz. Llevaron moradores a otros contornos y promovieron reformas capitales en la topografía local. El afán de poblar acercóse a la cuna de la gran ciudad: la primitiva ermita de Monserrat del Cerro Blanco, erigida por Inés de Suárez en la cumbre de esa eminencia (1545), arruinada en cuatro ocasiones y reedificada cinco veces en derredor. La cuarta edificación, en el faldeo que toca la calle Monserrat duró hasta 1834 y la quinta la situó en la actual sede, tomando las proporciones de la Parroquia de la Viñita. Debe su denominación a la Viña Vieja que con el Pago de Monserrat fueron donados por la compañera de don Pedro de Valdivia a la orden dominicana. Esta hacienda cedió después su nombre al Llano de Santo Domingo, utilizado al fin para instalar las amplísimas dependencias del Manicomio. La tradicional ermita fué la primera iglesia de Chile, así como el Sagrario fué la primera parroquia; y, en su actual transformación no ha perdido un ápice de su histórica significación, bien que el templo que delineó Eusebio Chelli, en 1860 ha sido muy desfigurado.

Otros vestigios de la Alta Colonia se sorprenden en el Callejón del Panteón (calle Unión), especialmente en el pilar de ángulo de la casa que hace esquina con la Cañadilla, foco de un sector de fondas y tabernas donde se celebraba tan profana como ruidosamente la festividad de Todos los Santos. En 1832 hubo necesidad de regla-

mentar esos expendios, ordenando demoliciones y ensanches que dieron lugar a los hospitales y escuelas de las inmediaciones.

No se podría clausurar esta revisión de sitios, con signos de antigüedad, sin aludir a otros parajes singulares que aportan nostálgicas remembranzas de un lejano pasado. Más bien marcando una época de transición entre dos regímenes de la vida chilena hay que recordar el período de S. E. el Presidente Luis Muñoz de Guzmán que despidió el Coloniaje con nuevos hábitos sociales. En aquel entonces los muchachos acudían en tropel a bañarse en la Acequia del Rey, entre el Canal del Carmen y el de Santo Domingo y se jugaba con pasión al volantín; mientras la aristocracia acudía al Mirador del Presidente. Bajo los auspicios de aquel mandatario se había labrado una esplanada al pie del Cerro San Cristóbal, en el mismo sitio en que se alza la Estación de Fuerza Eléctrica y desemboca la calle Domínica. Allí iban las familias a "pasar una tarde de campo", dominando sin discreción, desde lo alto, las quintas del valle. Perdían éstas sus follajes entre las sementeras que comenzaban al norte en la Chacra del Salto de Araya y se extendían por el oeste hasta Huechuraba, integrando una visión que el porvenir iba a acrecentar en los panoramas que actualmente se dominan desde las glorietas del Santa Lucía y el San Cristóbal.

---

---

## TOESCA EN LA CAÑADILLA

En el curso de estas páginas se ha examinado bajo diferentes aspectos la posición parásita de la vida ciudadana de La Chimba y su rango subsidiario de la Plaza de Armas, para observar después su emancipación y la postrera absorción en los límites comunales de la Metrópoli. Su proceso demográfico no ha sido el caso de Triana con Sevilla ni de El Arrabal con Zaragoza sino el de Buda con Pest y La Cañadilla de hoy es más santiaguina que el barrio oriental de Providencia.

Todo aquello que se podría haber atribuído a un revesado conjunto o un ficticio ensamblaje ha venido a señalarse en una última instancia nada más que como un curso de integración. No contaron los vertederos de inmundicias, los hórridos tugurios esparcidos por los ribeños del Mapocho, las arrabalescas apariencias y el hampa congregada en esos núcleos para rebajar el índice de sociabilidad que le impusieron, a su hora, dignatarios ilustres nunca bien rememorados por la posteridad. El Corregidor Luis Manuel de Zañartu y el Obispo Juan Antonio Martínez de Aldunate (1752-1811) aportaron soluciones grandiosas al barrio de su elección y fortalecieron un bien común anteponiéndose a los intereses particulares. Con sabia visión se desentendieron de la soñolienta y beata quietud de las postrimerías de su siglo y planearon trabajos materiales y espirituales que supieron llevar a buen término. En los últimos años del siglo

XVIII dieron por terminadas sus obras de progreso: el uno dejaba expedito el tránsito entre las dos bandas del río con un puente monumental y estable a toda prueba, y el otro emplazaba el más grande artista que había en Chile para que le trazara una vivienda suntuaria: un verdadero castillo.

Eran ellos propietarios en ambas aceras de La Cañadilla. El Corregidor labraba tierras en el poniente, se edificaba un casal de dos pisos más cómodo que elegante y promovía la santificación de esos lugares fundando un monasterio carmelita y por su parte el Obispo ofrecía sus auspicios y toda su influencia para implantar mejoras en su tierra de adopción. El ejemplo de ambos se hizo ley y sus iniciativas proyectaron un futuro de adelanto local que podría citarse como ejemplo. No influyó en nada ni su desaparición ni la venta de sus heredades porque ambos supieron escoger los continuadores de su obra. Plazas y calles del barrio recuerdan los nombres de esos seguidores: los hermanos Ovalle en el poniente y don Luis Echeverría en el oriente.

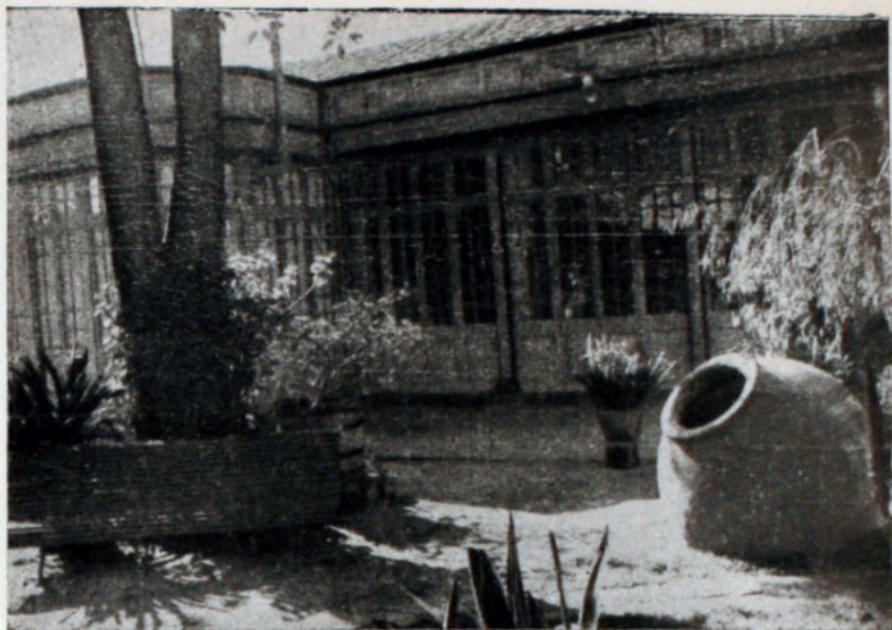
Es lógico suponer que todo vestigio de esos progresos capitales habría desaparecido al demolerse la vía suspendida de cal y canto (1888) y parcelarse los suelos, englobándose todo en un moderno distrito de Santiago, pero felizmente no se presenta así la situación y es una sorprendente realidad que la opulenta residencia episcopal yace confundida en el bloque de edificación que hace esquina en las calles de Echeverría e Independencia. Disimulada en aquella primera travesía por un minúsculo jardín, copudos árboles y una modesta verja presérvase un soberbio frontisficio; y empotrada y sofocada

entre otras edificaciones comerciales se yergue la masa del castel toescano. De la acera opuesta de la Avenida se columbra le perspectiva del secular tejado con su alero al sur y las gráciles ventanas del segundo piso, sugiriendo, con otros detalles del lado poniente, la línea severa del conjunto. Observada la casa en sus interiores, ya refaccionados, se descubren los ventanales propiamente hispánicos que en el hueco de recios muros de fábrica imperecedera se equiparan con los del palacio de La Moneda; y, estas favoritas peculiaridades del gran arquitecto se acentúan en los pasillos interrumpidos por las mismas escuetas columnas y pilastras que tanto carácter allegan a nuestra casa de gobierno. La afición por el estilo romano y la modificación dórica hispanizada que guiaba sus trazos en los planos de sus edificios públicos está aquí más españolizada y más íntimamente tratada en los relieves de los postigos, estableciendo un patrón bien característico.

Clama, así, este monumento nacional, de 1798, una revisión y un estudio de los arquitectos chilenos, considerando esta escasísima especialización hogareña del insigne arquitecto. Desgraciadamente no ha podido conservarse el mobiliario del Obispo, el cual se supone en acuerdo y diapason con la opulenta morada. Adquirido, con la casa, por el vecino, don Luis Echeverría, desapareció en el incendio de las habitaciones de éste en la calle de Santo Domingo. Tanto su esposa, doña María Morales de Echeverría, su hija Margarita Echeverría de Gutiérrez y sus vástagos Antonio y Raúl han sabido mantenerse fieles y aún morán en tan ilustres lares.



*Férrea cruz hispánica del Refugio Portaliano  
(calle Loreto)*



*La secular mansión de doña Dolores Portales  
(calle Loreto)*



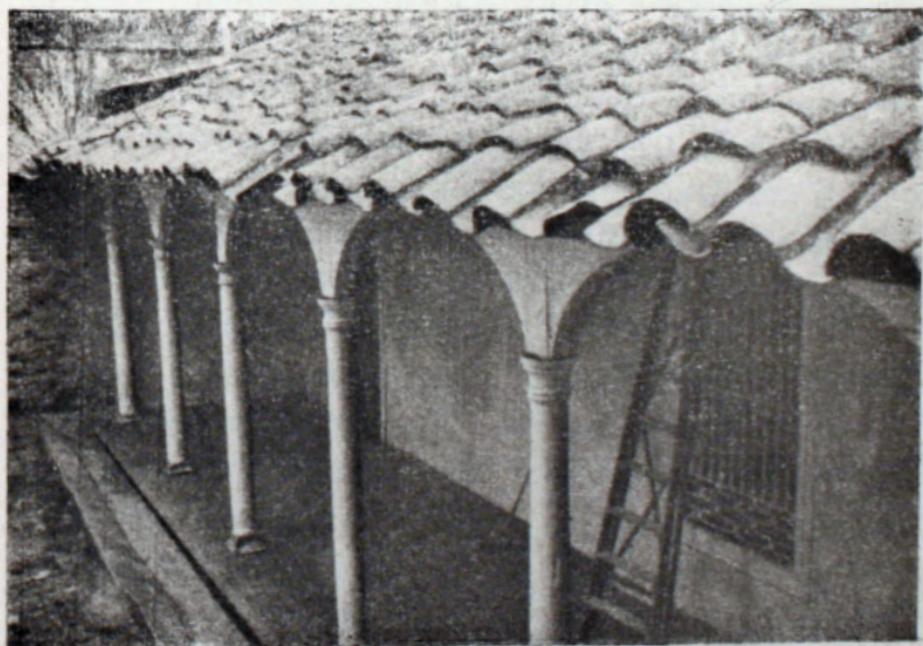
*El Mirador de los Políticos (calle Loreto)*



*La celda en que habitó Pio IX, en el Convento Viejo*



*El claustro abandonado (1753), en la Recoleta Dominicana*



*Típico claustro del siglo XVIII (Recoleta Dominicana)*

---

## MANSIONES CHIMBERAS

Descartando las modernísimas construcciones de la gran barriada norte, algunas inconclusas y otras ornando magníficamente el conjunto se impone una selección de monumentos, templos y obras públicas que podrían calificar, con méritos similares a los que abundan en el casco de la ciudad, nuestra categoría arquitectónica en los siglos pasados.

Allende el Mapocho están representados los más famosos arquitectos del Ochocientos: desde Joaquín Toesca hasta H. Ceppi, de Fermín Vivaceta a Narciso Carvallo, de Eusebio Chelli a Peires de Lajournade y de Manuel Aldunate a Ricardo Brown. Todos llevaron ahí sus escuadras y tableros dejando huellas de su ingenio y dando ejemplo a otros autores anónimos que diseñaron lucidas moradas familiares, peristilos y monumentos funerarios y estamparon características bien chilenas en la edificación. Además de los citados diseñaron también planos para La Chimba: Ramón Herrera Manterola, Rodolfo Lorca, Emilio Lafourcade, Juan F. Ribera Jofré, L. Villeneuve, Eleazar Navarrete, Angel Sacchi, especialmente en los campos santos.

Bastaría recordar que en esa área está el edificio más antiguo y más bien conservado en su arcaísmo, como lo es el Convento Viejo de los Recoletos Dominicos y que en sus cercanías se alza el templo más suntuoso del Con-

tinente. En estas dos vecinas realizaciones se miran dos siglos y ellas señalan posiblemente las construcciones más dignas de estudio en la arquitectura nacional. El viejo y hermosísimo claustro de la Recoleta Dominicana fué empezado en 1750 por Cristóbal Salcedo y terminado en 1753 por el P. Manuel Acuña autor también de todo el proyecto. Después empeñaron trabajos en ese recinto los frailes arquitectos Sebastián Díaz y Justo de Santa María Oro. Al final de esa centuria Joaquín Toesca diseñaba la regia mansión del Obispo Aldunate y en el siglo XIX se reiniciaban trabajos de gran significación como el pabellón central del Manicomio trazado por Fermín Vivaceta; y, un año después de llegar a Chile Eusebio Chelli, en 1854, se le requería para dar comienzo a la Iglesia Maxima ya mencionada. Fué terminada ésta en 1882 por otros arquitectos, participando Manuel Aldunate (autor de la Alhambra de la calle Compañía) en el diseño de la reja que da a la Avenida.

Persisten sin embargo retazos de obras más antiguas en ciertas parcialidades del claustro y del templo de los Recoletos Franciscanos y otros cenobios provincianos, pero ellos están supeditados por ulteriores construcciones. Hay que hacer mención, entre otras producciones, de los trazos —desgraciadamente ya muy desfigurados— de Eusebio Chelli en la Parroquia de la Viñita y además en la Iglesia de la Purísima. Allí están también para atestiguar los arrestos de nuestra adolescencia cultural la Escuela de Medicina, la original fachada del Cementerio General, las galerías del Católico, el palacial Colegio de María Inmaculada (Bellavista) y opulentas mora-

das al estilo de las de don Augusto Matte (Los Nidos), Luis Bello (Los Paltos), etc. Con las casonas desperdigadas en estos contornos se podría integrar una galería colonial y especialmente un museo de arte hispanoamericano de rejas, ventanales, verjas, bastiones, portones, barandales, pilastras, macetas, cuadros quiteños, adornos funerarios y quizá los ornamentos religiosos más arcaicos de la Iglesia Chilena.

Se podría destacar en el tipo de habitaciones más modernas la más bien cuidada y la más escondida de todas. La mansión del Ministro Augusto Matte, edificada en 1866 con vista a la Cañadilla en los propios terrenos de la estanzuela Lo Sánchez, es de un típico diseño de la época y aparece medio perdida entre los espesos follajes de los ceibos, gomeros, aromos y araucarias. Fué habitada por este diplomático hasta la muerte de su esposa, doña Rebeca Bello de Matte. Pasaron ahí temporadas su hija, la célebre escultora Rebeca Matte de Iñiguez y su esposo Felipe Iñiguez. Consérvase en el interior una parte del lujoso mobiliario y especialmente algunos recuerdos de familia, como trajes de la época, objetos de arte, retratos a pluma y al óleo. Sobresalen entre éstos uno de don Domingo Matte y el original de la efigie que pintó el retratista francés, V. Corcos, de la bellísima Lily Iñiguez Matte; muerta en flor en un sanatorio suizo, como asimismo algunas copias de este famoso óleo. Actualmente la propiedad está dedicada, con el nombre de "Los Nidos" a una fundación de beneficencia.

Como otra exposición de la época subsiste el barrio de los molinos cercano al San Cristóbal. A fines

del siglo había doce plantas de molienda en la ladera sobresaliendo aquella de Villalón. Chácaras fertilísimas de Santos Fariña, Isidoro y Antonio Lillo (propietarios de la Quinta Lillo), José Tomás Urmeneta, Santos Portales, Bernardino Ossa han sido urbanizadas, y esta transformación hizo desaparecer las calles de Trapitos, Urmeneta, Calderón, Viñita, del Río, del Puente de Palo, etc. Perseveran dignamente y representando ese sector industrial muchos molinos y entre ellos se hacen presentes, con dos casas verdaderamente típicas, la de don Darío Pavez adjunta al Molino Santiago (calle Dominicana) y la de don David Rovegno en Purísima.

Tomando en cuenta estas reviviscencias y las otras que perduran en redor de los viejos conventos y capillas podría restituirse todo un pasado de la vida capitalina y enmendar en castizo y santiaguino estilo o en auténtica fidelidad hispánica los patrones más excelsos del arte tradicional que nos es propio.

---

---

“ALLA VA LA BALA POR LA CAÑADILLA”

El ejemplo de las coplas peruanas que celebraban los atributos limeños de la Plaza de Acho y del suburbio de Malambo no fué seguido con igual fervor en el Santiago del siglo XIX. Exceptuando la que se inicia con los versos del epígrafe no se recuerda otra estrofa de este género en la antología popular y en el cancionero chileno. La boga de esta canción cubrió toda la segunda mitad de esa centuria y era la letra de una resbalosa fervientemente acogida en estrados y tablados. Aunque al fin feneció en el ambiente circense, a comienzos de nuestro siglo, persisten variantes literarias y musicales que han respetado el castizo estribillo glósando la cautivadora evocación de las guerras libertarias a lo largo de la sacrosanta vía de las amarguras y alegrías en que al fin se forjó nuestra Independencia.

*Allá va la bala  
por la Cañadilla  
allá va la bala  
por el callejón.*

*Allá va la bala  
dejando a las niñas  
matando a las viejas  
con el varejón.*

*Allá va la bala  
por la Cañadilla  
matando a las viejas  
dejando a las niñas.*

La versión literaria que se presenta parece ser la más genuina. De los labios de su madre —vecina de La Chimba— la anotó la compositora María Luisa Sepúlveda y su texto poético y sus notas difieren sensiblemente de otras versiones que no aluden tan directamente al tema suburbano. Luis Sandoval la anotó a Rosario Ramírez una diversa interpretación, cuyo estribillo reza:

*Allá va la bala  
por la Cañadilla  
matando a las viejas  
dejando a las niñas.*

*Allá va la bala  
debajo del puente  
los choclos cocidos  
y humitas calientes.*

El contenido de las estrofas sorteas los antiquísimos versos de algunos cantares hispánicos en la misma forma en que se disgrega otra versión, anotada por el autor al cantor Zócimo Frías de "El Refalón"; la cual coincide en el refrán con la primera de este cotejo. En cambio las estrofas de la versión Frías y asimismo el curso musical casi se repiten con los que entonaba y bailaba hasta 1910 el payaso Edecio Chacón en el ritmo de una

castiza resbalosa. Junto con la audaz mojiganga "Amarillquito hijito" se veía obligado este parodista, máxima atracción del Circo Popular, a repetir hasta la saciedad la tradicional canción en las inolvidables veladas del estío ñuñoano. Muy bastardeadas fueron las posteriores imitaciones que presentaron los "clowns" del Circo Quiroz y del Bravo, en las riberas del Mapocho, vilmente canturriadas con ritmos de tango, pareciendo al fin ese arrobador eco de chilenuidad.

Pueden compararse aquí las tres principales variantes:

### Allá va la Bala

*Vivace* 

Allá va la ba-la por la Caña-di-lla -  
 ma-tan-do a las vic-jas de-jan-do a las ni-ñas -

Versión literaria y musical de MARÍA LUISA SEPULVEDA

*Vivo* 

Allá va la ba-la por la Caña-di-lla, si Ma-tan-do a las  
 vic-jas de-jan-do a las ni-ñas, si Allá va la ba-la de-ba-jo del  
 quen-te, si, los cho-dos co-ci-dos y hu-mi-tas ca-lien-tes.

Versión de LUIS SANDOVAL Anotada de ROSARIO RAMÍREZ

*Vivo* 

Allá va la ba-la - por la Caña-di-lla - ma-tan-do a las vic-jas -  
 de-jan-do a las ni-ñas

Versión de CARLOS LAVÍN Anotada de ZÓCIMO FRÍAS

---

## SUBURBIOS Y ARRABALES

En la periferia de esa ciudadela colonial denominada La Chimba, y su ampliación republicana de La Cañadilla, se puede observar en nuestro tiempo, un sinnúmero de aspectos típicos y rasgos urbanísticos que no se agrupan tan frecuentemente en otros núcleos poblados de América y que patentizan la enraizada prosecución de una obra humana de cuatro siglos.

Es el jalón más importante de estos imperceptibles cambios la época de la inauguración del Puente de Cal y Canto que innovó hacia el final del siglo XVIII, todo el mecanismo de la vida pública santiaguina. Aún más influyó el uso y goce de esta obra pública que la construcción, en 1609, por el ingeniero Ginés de Lillo, de los tajamares, iniciativa indispensables para la seguridad del vecindario en la pacífica y monótona vida colonial. Un inquieto riachuelo cordillerano ha plasmado secularmente la morada de los santiaguinos y aún con muchos mayores extremismos que el Manzanares de Madrid o el Cuyahoga de Cleveland (E. U. de N. A.) ha precipitado ejemplos geográficos dignos de estudio y observación.

A fines del siglo XVIII la naciente población de las riberas del Mapocho medía apenas dos kilómetros de diámetro y se hospedaban en ella cuarenta mil habitantes, de los cuales 21.318 eran españoles puros, 6.265 mesti-

zos, 5.456 indios y 7.568 negros y mulatos. Para la subsistencia de tan modesta localidad del dominio colonial hispánico fué menester —en esas épocas de guerra, miseria y absoluta falta de higiene— dotarla de obras de ingeniería tan dispendiosas como indispensables, pero que en ningún caso la colocaron en el grado de progreso que reclamaba su posición rectora de inmensas regiones continentales del Nuevo Mundo.

En los tiempos que corren aún persisten en estos terrenos muchos fenómenos de descomposición geográfica, especialmente en los sectores urbanos en que el temible pequeño río no ha sido canalizado. Podríase mentar el Mapocho como una cloaca errabunda de turbio contenido y de espuria y contrahecha cuenca. Ni aún su nombre es eufónico y jamás su lecho y sus presurosas ondas inspiraran algún poeta; acaso utilísimo a las tierras comarcanas por su líquido elemento, prodiga sus aguas enfangadas, sorteando barrizales y malezas en caprichoso y antojadizo curso. Mezquino, escaso y maltrecho en las sequías, tórnase tan impetuoso como caudaloso e incontenible en los deshielos, desbordándose caprichosamente en crecientes sorprendidas que han deparado catástrofes a una ciudad, a la cual, debía servir y honrar, cual fué el designio de los Conquistadores. Sobrepasada la región capitalina y como arrepentido de sus inveterados desmanes se sumerge, para irrumpir, después de algunos kilómetros, con cristalinas y prístinas linfas en los arroyos de Peñaflor y confundirse nuevamente, como un correntoso río cordillerano, con las aguas del Maipo.

Muy superiores a los escasos recursos coloniales fueron las obras de defensa que abatió en los crudos inviernos y no dió tregua hasta que en los tiempos del Presidente Balmaceda se logró canalizarle en una gran cuenca de emergencia, sustituyendo los pasos de piedra y de madera por puentes metálicos apoyados en el borde de los pretilos de concreto. Su dilatado sector, reducido a las geométricas y estables proporciones, no ha permitido hasta ahora someterlo a los dictados de la estética. Los ocho férreos puentes del traqueteado modelo de vía férrea no son ni serán obras de arte en razón de su carácter improvisado y la geometría implacable de las riberas. No se trata de encontrar aquí la poesía y el pintoresquismo del Sena en París, del Elba en Dresden, del Rhin en Colonia y del Guadalquivir en Sevilla, clasificados como navegables arterias fluviales que absorben atracciones y promueven donosos aspectos. La cuenca mapochina en su sector civilizado y en sus caprichosos desvíos perdurará como un oprobio capitalino y la afrenta que la naturaleza ha deparado a los pobladores de una urbe encantada a la vera de las nieves eternas.

Tan odiosa compensación singularizó antojadizamente la antigua poblanza y descalifica no pocos trechos del actual conglomerado. Hubo un puente de recia fábrica y un despiadado Corregidor que en mala hora urdió la estratagema de valerse de los trabajos forzados del hampa para su construcción. Ni que decir tiene que la promiscuidad se entronizó y envileció varias zonas del contorno, sellando y mancillando lugares de elección. La amplísima vía urbana que alberga la corriente flu-

vial, subdividida en dos arterias, pudo ser en parte arborizada (Parque Forestal) pero en los términos más populosos ha debido quedar y permanecerá envilecida y dañada por tradición ineludible. De esta promoción es la Corte de los Milagros que al frente del Teatro Balmaceda revive las escenas del odiado Campamento y el destartalado Arenal; burladeros ambos, en días coloniales, de los pícaros y de los hampescos elementos sociales. En el transcurso del tiempo se repiten los desmanes y disturbios promovidos por los presidiarios encadenados y se renueva el crujir de látigos y grillos de los reos de la "cadena" y los "carros". Los sobrestantes, los acollarados esclavos y los nobles indígenas degradados que se revelaban al restallar de la fusta; como asimismo los equipos de vagos y pendencieros que reclutaban las milicias, reviven hoy en la heterogénea plebe que congregan, en el Jardín de Artesanos, los mostradores de serpientes, los prestidigitadores y charlatanes. Los "cachureos" y ventorrillos de las proximidades de La Vega y de las horribas márgenes de la canalización heredan la abigarrada pluralidad plebeya de los tenduchos de las rampas y de los baratillos del Puente de Cal y Canto. Los niños abandonados, la crápula juvenil y toda la gentuza de la "palomilla brava" son los herederos de las pandillas que pupulaban alrededor del presidio colonial de esa ribera y de la soldadesca que custodiaba el Resguardo de Contrabandos de la rampa norte del puente. Es todo un pasado que perdura en esa parcialidad urbana y que felizmente logró reducirse apreciablemente con la urbanización de Bellavista.

Siguiendo por el oriente el viaje de circunvalación llégase al corazón de esta barriada modernista que sucedió a los más afrentosos arenales y desamparados andurriales. En el extremo se desprende, siempre al norte del río y al pie del colosal acantilado del San Cristóbal, un barrio apacible en forma de estuche que tiene su cabeza en la Escuela de Leyes. Es una mansión de paz y sosiego provincianos con su clínica máxima, con sus monasterios, con los grandes colegios y la muy menuda y modernista parroquia de La Epifanía. Del lado de levante termina este anexo chimbero en forma de punta y con vistas al fundo "Lo Contador".

Apoyado en los faldeos occidentales del gran cerro, al cual se puede subir por funicular y dominar el panorama de La Chimba, yace el pintoresco barrio de los molinos que va a confinar por el norte, y por el fondo de los añosos parques de la Recoleta Dominicana y el Club de Tiro, con las abigarradas poblaciones de El Salto y desde donde se domina el fundo y viejas casonas de la familia Riesco. Nuevas poblaciones se extienden hasta Conchalí, hasta Huechuraba y hasta Lo Negrete integrando las feligresías de las parroquias de Santa Teresita, de Las Mercedes del Salto, de Todos los Santos y de San Alberto, pero no logran ellas postergar la atención que demandan los panteones ubicados en sitios que antes eran breñas o cuidadas viñas al pie de la loma de Monserrate (Cerro Blanco).

Se impone entre estos santos campos el Cementerio General otrora incorporado en un arrabal que separaba la creciente población y la chacara de La Palma. No

vale la pena insistir en sus incomparables adornos vegetales pero hay que hacer mención especial de los suntuosísimos túmulos funerarios que ahí se amontonan en ordenados cuarteles. Las tumbas de las familias patricias rivalizan en opulencia y al lado de los próceres, de los héroes y los pioneros de nuestra estirpe yacen los sepulcros de los Condes de Vista Alegre (Alcalde) y de los Marqueses de Montepío (Aguirre), de Casa Real (Huidobro), de Pica (Irrarrázaval) y de Cañada Hermosa (Azúa); muchos de ellos disimulados bajo humildísimas lozas sin inscripciones. La suntuosidad de las sepulturas de las familias Iñiguez, Matte y Real de Azúa se confunde con las más artísticas realizaciones en los monumentos de auténtico Carrara, profusamente esculpidos y que se conservan en adorable pátina, tal como llegaron de Italia. Estas primorosas obras votivas exhiben los nombres de los artífices y con su carencia de frescas ofrendas florales pasan completamente desapercibidas. Se exhiben, también, en este sagrado campo, ya secular, pasivos sismógrafos removidos por no pocos temblores y terremotos: lozas y lápidas acusan las conmociones y en las apreciables grietas y en las desarticuladas rejas se pueden medir los estragos.

Continuando al norte y al poniente de la ciudad se alternan lotes suburbanos dispersados en colonias de chalecitos en serie rodeando el Hipódromo, o en tranquilos vecindarios de modestos propietarios. Las buenas apariencias se pierden a medida que se avanza, por la periférica sección exterior de la Avenida Vivaceta, hacia el río Mapocho y se penetra en la "zona" enclavada en

los arenales y guijarrales de la cuenca fluvial. Tiene su entrada este extenso recinto por la calle Rivera y es un refugio de desamparados similar a aquellos de París, en las trincheras de las antiguas fortificaciones, o de Buenos Aires en los confines de La Boca. La mencionada calle, y a doscientos metros al poniente de Vivaceta, se disuelve como por encanto en hórridos y monstruosos arenales, donde viven como trogloditas todos los habitantes reducidos por la miseria a la vida primitiva. A esta colonia de "rucas" no llega la pavimentación, el alumbrado público, los servicios de gas y agua y tampoco la policía. Es la cavernícola aglomeración propia de toda urbe y que en otras metrópolis permanece diseminada o disimulada. En el caso santiaguino marca la reviviscencia de la incuria impuesta por las autoridades coloniales señalando un ejemplo a la posteridad que será bien difícil disipar.

Pueden así compartir la imputación de tamañas anomalías y descuidos la desidia tradicional inculcada por las apartadas autoridades virreinales y la fatalidad natural que implica el trazado de una arteria fluvial muy característica, geológicamente hablando. Nunca se podrá evitar el derrame intermitente de esos cursos de agua acumulando fango y pedrezuela en dunas y pantanos; y, especialmente en los espacios anteriores a la sumersión del río. Los eriales y terrenos baldíos constituyen en esos pasajes la herencia más adversa de una concentración urbana bien conocida por los dones inapreciables y los encantos panorámicos con que la ha dotado la naturaleza.

---

## LA RUTA DE LOS LIBERTADORES

Para considerar la capital de Chile, en lo que respecta a su situación y relaciones con las más próximas comarcas norteñas, hay que conocer el proceso de su desenvolvimiento desde 1823. Un punto de vista tan fiel como desapasionado es el que estampó en sus memorias Monseñor Sallusti, al relatar su viaje a nuestro país como cronista de la misión Muzi.

Viniendo a Chile desde la Argentina describe los sitios históricos donde tuvo lugar la batalla de Chacabuco y al reanudar sus jornadas hacia Santiago, escribió lo siguiente: "Desayunamos al final del valle de Chacabuco en una casa rústica de los antiguos misioneros jesuítas, los cuales tenían allí una rica propiedad de cerca de tres mil y más cuadras de óptimo terreno. Se pasó en seguida a Peldehue, predio muy importante de los padres Domínicos Recoletos y en las faldas de dos montañas que se reúnen en un lado de aquella hacienda —lejos, casi 35 kilómetros de la Metrópoli— se encuentra una grandiosa construcción de los mismos Padres Domínicos, dentro de la cual se sostienen dos baños minerales y una gran hospedería con su iglesia. Pasamos a dormir a Colina que es un pequeñísimo pueblo de gente de campo que habita diseminada aquí y allá en las casas rurales de las propias posesiones; y después de tres noches de comodísimo reposo la comitiva siguió viaje por campi-

ñas fertilísimas. Se camina siempre entre dos cadenas de montes, los cuales, por lo demás, están a mucha distancia. Por disposición del Supremo Gobierno no se entró aquella tarde a Santiago; más nos detuvimos en el Convento de los Padres Domínicos Recoletos, adonde llegamos de noche. Al día siguiente recibimos la visita de cumplimiento del Obispo de Santiago, Monseñor José Ignacio Rodríguez, y de muchas otras personas. Una hora antes del mediodía llegaron dos carrozas del Gobierno, en una de las cuales, ricamente decorada y tirada por cuatro pintorescas mulas, se colocó Monseñor, y los demás personajes en la otra. Con este tren se entró a la ciudad en medio de una numerosa multitud de pueblo que se agolpaba de todas partes por cerca de tres kilómetros desde la Recoleta Domínica hasta el palacio Directorial que está en la gran Plaza de la Catedral”.

Nada mejor que este documento podría ayudar a conocer los verdaderos límites metropolitanos de hace más de un siglo y las exterioridades, pompas y apariencias oficiales de nuestra naciente nacionalidad. Es precisamente en estas regiones históricas donde hay que concentrar la atención para conocer los fenómenos demográficos, topográficos y geográficos que fueron forjando la urbe en sus confines norteños. Todos los campos y montes de estas comarcas forman el término septentrional del gran valle de Santiago, obstruido a cuarenta y cinco kilómetros al norte de la capital por las elevadas cuevas de Chacabuco al oriente y del Tabón y La Dormida al poniente. La primera se cruza por la carretera internacional a la Argentina y la segunda por la vía fé-

rra a Valparaíso. Es un suelo chileno bien privilegiado el que forman tan vastas planicies pantanosas, salitrosas, y posiblemente petrolíferas hacia Batuco, y feracísimas en los demás contornos; o bien las abruptas serranías que separan esos llanos de los rientes valles más septentrionales de Limache, de Llay-Llay y de Aconcagua. En las faldas de los montes más elevados surgen ricos manantiales salutíferos (Polpaico, Tiltil y Colina) y tierras ignotas subsisten todavía en las espesuras boscosas de algunas estancias (Lipanguí). En lo que se refiere a la obra del hombre se explotan yacimientos de valiosos minerales, se labran canteras y un sinnúmero de huellas muestran las moradas de los indígenas promaucaes y los quichuas opresores conviviendo todos ahí en los días precolombinos.

Fácilmente se comprenden, entonces, las preferencias que tuvo el Capitán Extremeño por estos lugares y se vienen a justificar hoy día las causales que intervinieron en la afluencia de los habitantes regionales en dirección a los términos metropolitanos; y, en especial hacia la margen derecha del Mapocho que tantas características propias opone al casco de la ciudad. Pueden servir además estas referencias de guía y clave para rectificar y probar las transformaciones operadas paulatinamente en épocas coloniales y neorepublicanas y bruscas y definidas en la era del ferrocarril. La inauguración de esta vía, en 1863, transformó radicalmente los sistemas norteños de comunicaciones con la capital. La trocha del F. C. de Santiago a Valparaíso hubo de labrarse en escarpadas rocas y en trayectorias muy dife-

rentes a las de las carreteras seculares que arrancaban por la Cañadilla, tanto al norte del país como a la Argentina, y de aquella desprendida de la calle San Pablo que conducía al vecino puerto.

El transporte ferroviario pasó a ser la vía capital y dominante en las comunicaciones y los caminos precitados quedaron postergados durante medio siglo hasta la era del automóvil que restableció parcialmente su hegemonía, pero con destinos diferentes. Así, toda esta zona territorial perdió sensiblemente su opción al progreso en relación con el resto del país. En franco contraste con las comarcas del sur de Santiago y las de allende el río Aconcagua no se han logrado hasta ahora agrupar grandes poblaciones y los villorrios coloniales, o más bien dicho indígenas, de Renca, Quilicura, Huechuraba, Liray, Batuco, Colina, Conchalí, Chicureo, Lampa, Tiltil, Chicauma, Quilguica, Huachun, Tapihue, Guaiguai, Polpaico, Rungue, etc., han quedado estacionarios o bien en abierto retroceso. Solamente las labores agrícolas y mineras han logrado prosperar sirviéndose del tránsito propiamente regional de las carreteras. Su situación es muy distinta de aquellas del agro del gran valle central y su aspecto difiere enormemente de aquellos vergeles, preservándose en un paisaje general y medios de vida similares a los de la provincia de Coquimbo. Los pueblos no se asoman a la vía férrea como en el sur y está detenido su avance económico y social. Una fisonomía colonial levemente modernizada campea en la iglesia arcaica de Peldehue, en los caseríos de Colina, en las huertas de Quilicura y Renca, en la villa encantada de Tiltil,

en la rústica capilla de Lampa, en las vegas y pantanales de Batuco, en los soberbios enrocados de Rungue y el Tabón y en el idílico curso del estero de Polpaico.

Toda esta fisonomía topográfica se columbra desde la vía férrea y se ha reflejado con caracteres de magia en los distritos metropolitanos de La Chimba y La Cañadilla, simulando una concordancia y espiritualizando una concreción ciudadana de histórico abolengo. Pese a los progresos del urbanismo las muy santiaguinas avenidas y travesías del norte del Mapocho junto con los campos cultivados y las sierras y hondonadas que se prolongan hasta Chacabuco conservan el cariz prodigioso y la severa apariencia del Camino de los Héroes.

---

## ENCANTO REGIONAL

Como un remanso o punto muerto en la actividad general del país puede señalarse el espacio territorial del vecino norte de Santiago. Apenas si en avión o en ferrocarril se le cruza velozmente sin que las algaradas del turismo lo hayan puesto jamás en evidencia.

Los extranjeros, y en especial los argentinos, se complacen en admirar el paisaje variadísimo que se inicia en la metrópoli a 520 metros sobre el nivel del mar y en menos de una hora sube por ásperas serranías a 804, para bajar bruscamente hacia un valle de promisión a los 365. Ese trayecto que es la arteria aorta del organismo nacional, al unir las dos mayores concentraciones de población, nunca se le ha considerado en su arranque sino desde el curso del benéfico río Aconcagua y al recorrer las tierras calientes, los sitios de veraneo y balnearios que se van escalonando hacia el mar. La severidad del paisaje en ese sector menospreciado y su despoblación hacen abierto contraste con la feracidad exótica y la sorprendente población que en ella encontró don Pedro de Valdivia, cuando hace cuatro siglos avizó, desde las alturas, el dilatadísimo valle en que iba a sentar sus lares. Planicies, hondonadas y cuevas estaban cubiertas por boscajes de la airosa palma chilena que ahora se conserva como reliquia regional; y, era tal su abundancia que los Conquistadores no trepidaron en destinar tan gene-

rosos abastecimientos al forraje permanente de sus cabalgaduras. Multiplicado ese primoroso árbol por generación espontánea extirpóse la especie en breve, pues las bestias de labor escogían los más tiernos ejemplares y la obra de destrucción y tala quedó consumada.

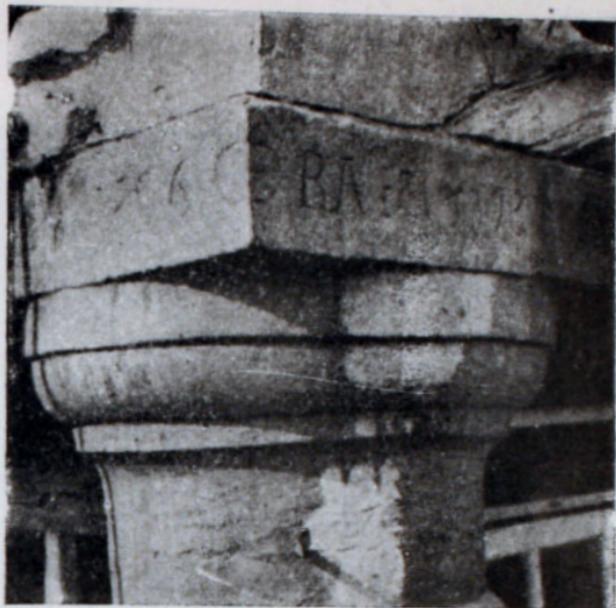
Además de los atractivos naturales es indudable que la sobrepoblación de esta llanura atrajo a los expedicionarios y ese fué el asiento que eligieron para repartírsele en solares. Son muchos los indicios arqueológicos que marcan esa sobrepoblación de indios promaucaes y además lo señala la toponimia; pero aún de mayor importancia es la imposición, en esas tierras, de los quichuas que arribaron del norte y dominaron el país hasta la llegada de los castellanos. La presencia de aquellos ha quedado patentizada más vigorosamente que en cualquiera otra zona chilena, exceptuando el Camino del Inca, labrado mucho más al norte. Los cronistas de la alta colonia aluden al templo de Pachacama en la inmediaciones de Colina y están patentes las ruinas de las canalizaciones incaicas para el aprovechamiento de los manantiales salutíferos de las inmediaciones. Los dominadores del norte cogieron el secreto de esas aguas a los indígenas chilenos y lo transmitieron a los españoles. A su vez, éstos, y desde los comienzos de su imposición, aprovecharon las milagrosas fuentes y ya en 1794 el Reverendo Padre Sebastián Díaz, provincial de la orden de los Recoletos Dominicos, perfeccionaba las primitivas instalaciones de barro y fajina, en amplias hospederías, con anexos de bodegas y un Sanatorio. Dió especiales comodidades al establecimiento de baños e inauguró en



*Dos siglos se contemplan en la Avenida Independencia: la Posada de la Cañadilla (XVIII) y la Escuela de Medicina (XIX)*



*Puerta colonial en una casa de la calle Manzano*



*Capitel de la Casa de los Cicerón  
(1896), en la Recoleta*



*Ventanal toescano de la Casa del Obispo  
(1798), en la calle Echeverría*



*Hispánica cancela de la "Casa del Ogro" (calle Vásquez)*

ese siglo el primer servicio público de este orden. Las termas de Colina son comparables por su composición química y sus virtudes a las de Luchon en Francia y las de Alange en España. Están estos baños chilenos a 909 metros sobre el nivel del mar y en los dominios de la Hacienda Peldehue de propiedad del Ejército. Con 32 y 33 grados de temperatura surgen las vertientes en una árida quebrada y tanto su calidad terapéutica como los beneficios del paraje mismo, considerado como estación climática, integran una positiva atracción en las cercanías de la capital.

Más al poniente y al borde de la carretera internacional el viajero admira el espeso bosque sobre el cual sobresale el templo de Peldehue, edificado a mediados del siglo XVIII. Era un campo perdido entre breñas y montes que cayó en herencia al P. José Carvajal, a la sazón provincial de la parcialidad de San Lorenzo, jurisdicción religiosa de la orden de los Dominicos Recoletos. Sucediendo al Hospicio de Santa Catalina, este religioso pidió y obtuvo del General de la Orden, la fundación de un convento de estrictísima observancia, el cual hubo de quedar bajo la advocación de N. S. de Belén y de Santa Catalina. Subsiste intacta, y como un típico ejemplo de nuestra arquitectura colonial, esta iglesia de excepción, clasificada justicieramente entre nuestras maravillas artísticas.

En franco contraste con este boato se puede citar la ermita del aldeorrio de Lampa, antiguo asiento de indígenas. Es una iglesita parroquial fundada en 1812 bajo la advocación del N. S. del Carmen. Aunque no tiene to-

rre está flanqueada de modestos claustros y su campanario es un altísimo ciprés que sobresale en un añoso olivar, completando una de las más más bíblicas y cendorosas estampas del paisaje nacional. Si las iglesias parroquiales de Colina y de Renca son mucho más antiguas no logran sobresalir por encontrarse incorporadas en bloques de edificación que no favorecen al conjunto. La de Lampa se destaca como una aparición en un horizonte más extenso y adquiere todo su carácter en los días de la peregrinación carmelita, congregando toda la huasería del valle. Demás está advertir que entre esos labriegos y jinetes asoman los descendientes directos del cacique Huichipoco, tal como en El Guanaco y El Salto o Conchalí, aparecen los herederos del fiero Huechuraba.

En cambio los feligreses de Colina logran, cada día, conquistar mayor pompa y solemnidad con el desfile de Cuasimodo. En el primer domingo después de Pascua se hacen estrechas las vías de la villa para contener el cortejo de campesinos que "corren a Cristo" y aunque la reunión se celebra en todas las iglesias de la región, aquella ha pasado a ser una festividad tradicional.

Otra estampa chilena que puede equipararse a los cuadros típicos de España por su naturaleza cerril es la visión del villorrio de Tiltil desde la ventanilla del vagón. Fugazmente se percibe desde el tren un panorama de este orden y que es bien escaso en Chile. Todo el poblamento se destaca en una suspendida posición coronada por las alturas rocosas y a una distancia que le confiere categoría de diorama. En medio del pétreo caserío se yergue el característico campanario y se perfilan los caminos de ac-

ceso dando al conjunto todo el carácter agreste de las áridas serranías célebres por sus tunas y sus lavaderos de oro.

Son escasos los lugarejos esparcidos en el territorio que los aborígenes habían escogido como país de elección. Los embates del progreso y el azar de los intereses creados, han postergado esos dominios a términos anacrónicos. No han podido plasmarlos y darles sello de actualidad ni las labores agrícolas, ni las mineras, ni las industriales, como es el caso de las regiones más inmediatas del sur y del norte. Han mantenido y soportan un grado de atraso que les asocia en un aspecto determinado y que les confiere una original situación.

Como fértiles llanos, como vegas infecundas, como boscajes y espesuras impenetrables o como elevados riscos y yermas inmensidades, integran una transición en el suelo patrio. Las desérticas mesetas de Montenegro, los farellones de Las Chilcas, las quebradas de Los Loros, la cuesta imponente de Chacabuco y los lomajes de Qui-lapilun, asimismo como los planteles de Lo Arcaya y Los Hornos, las sementeras de Esmeralda y San Ignacio, las cercanas huertas de Lo Negrete, Trinidad, Lo Aránguiz, El Mirador, Santa Emilia y la histórica chacara de La Palma son tierras desnaturalizadas por hombres europeos. Extirparon ellos la flora auténtica y arrasaron los cultivos, las obras de regadío y las comunicaciones de los indios americanos, pero no consiguieron moderar un ambiente arcaico ni alterar una atmósfera característica de rústica espléndidez que domina por doquier en esta latitud y que penetra en la metrópoli y en suelo urbano

hasta las riberas del Mapocho; envolviendo a La Chimba en el hechizo de las reviviscencias raciales de los auténticos pobladores del valle de Santiago. Son los ásperos, acerbos y desapacibles rasgos del paisaje que traducen e interpretan la soberbia entereza de nobleza vencida que todavía luce en el torvo perfil de los indios sobrevivientes.

## OBRAS CONSULTADAS

- ZAPIOLA JOSÉ: *Recuerdos de Treinta Años, Santiago 1932.*
- SALLUSTI JOSÉ: *Historia de la Misión Muzi en Chile, Santiago 1906.*
- PIWONKA JULIO: *Juicio sobre restitución de la Hacienda Apoquindo, Santiago 1943.*
- TOCORNAL C.: *La casa de observancia de N. S. de Belén, Santiago 1885.*
- WALKER LARRAIN H. Y  
CORREA JOSÉ DIONISIO: *Juicio contra el Convento de la Recoleta Dominica, Santiago 1944.*
- BRISEÑO RAMÓN: *Repertorio de Antigüedades, Santiago 1889.*
- ANUARIO CATÓLICO: *Almanaque Parroquial 1944, Santiago 1944.*
- ACEVEDO HERNÁNDEZ A.: *Los cantores populares chilenos, Santiago 1933.*
- ACEVEDO HERNÁNDEZ A.: *El libro de la tierra chilena, Santiago 1935.*
- ACEVEDO HERNÁNDEZ A.: *Canciones populares chilenas, Santiago 1939.*
- SOTOMAYOR VALDÉS R.: *Historia de Chile, Santiago 1901.*
- ROSALES ABEL: *El Puente de Cal y Canto, Santiago 1888.*
- ROSALES ABEL: *La Cañadilla, Santiago 1887.*
- VICUÑA MACKENNA B.: *Un año en la Intendencia de Santiago, Santiago 1872.*
- VICUÑA MACKENNA B.: *Una peregrinación al través de las calles de Santiago, Santiago 1902.*
- VICUÑA MACKENNA B.: *Transformación de Santiago, Santiago 1872.*
- VICUÑA MACKENNA B.: *Relaciones Históricas, Santiago 1877.*
- FIGUEROA P. P.: *Diccionario Biográfico de Extranjeros, Santiago 1900.*
- MEMORIAL TECNICO DEL EJÉRCITO DE CHILE. Santiago 1941.
- PIZARRO RAMOS BLANCA: *Memoria sobre los monumentos de Santiago, Santiago 1940.*
- FERNÁNDEZ FREITE C.: *La Ermita y la Raza, Santiago 1941.*
- HUNEEUS GANA J.: *Cuadro Histórico de la Producción Intelectual de Chile, Santiago 1910.*
- MEMORIAS MINISTERIALES.  
 INFORMES MUNICIPALES: *Del Siglo XIX, Santiago 1910.*

## INDICE

ADVERTENCIA	7
JARDINES DEL SIGLO PASADO	11
LOS MONASTERIOS DE LA CHIMBA	15
LA CALLE CARRIÓN	19
LA CASA DE MANUEL RODRÍGUEZ	23
LA CASA DE LOS PALTOS	27
UN REFUGIO PORTALIANO	31
EL MIRADOR DE LOS POLÍTICOS	35
ULTIMOS VESTIGIOS DE LA CHIMBA	39
LA CAÑADILLA MÍSTICA	43
LA CAÑADILLA GALANTE	49
EL BARRIO DE LAS QUINTAS	53
HUELLAS DEL SIGLO XIX	59
CHIMBAS CHILENAS	65
LA CELDA EN QUE HABITÓ Pío IX	69
CURIOSIDADES CHIMBERAS	73
TOESCA EN LA CAÑADILLA	77
MANSIONES CHIMBERAS	81
"ALLÁ VA LA BALA POR LA CAÑADILLA"	85
SUBURBIOS Y ARRABALES	89
LA RUTA DE LOS LIBERTADORES	97
ENCANTO REGIONAL	103
OBRAS CONSULTADAS	109

# BIBLIOTECA "ESTRELLA"

Un conjunto de obras amenas, instructivas, en las que el deleite que suscita el interés va acompañado por un apresto de cultura y conocimientos: éste es el propósito de la Biblioteca "Estrella". Toda la gama de los estudios históricos, folklóricos, de las narraciones vividas, de las anécdotas que reviven el pasado; la instrucción y el recreo, juntos, en documentos y completas exposiciones.

## PRIMEROS VOLUMENES:

**BARAJA DE CHILE,**  
por Oreste Plath.

**EL DERROTERO DEL CERRO PLOMO,**  
por Jean Arondeau.

**LOS HIJOS DEL SOL,**  
por R. Housse

**ENTRE ESPADAS Y BASQUINAS,**  
por H. Arabena Williams.

**LA CHIMBA,**  
por Carlos Lavín.

\*

En todas las buenas librerías. Consulte precios en nuestros catálogos.

\*

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.  
Casilla 84-D - Santiago de Chile

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE